



BURTON HARE



LA SEDUCTORA MUERTE



La luna estaba en todo su apogeo aquella noche. Una claridad brillante se filtraba por entre el follaje y creaba sombras misteriosas en el gran jardín, deformando los arriates y macizos recortados, convirtiendo en bellos fantasmas los arbustos mecidos por el aire suave del mar.

Eran sombras lánguidas que se movían con pereza, ora a un lado, ora al otro, para volver a recobrar su inmóvil vertical cuando el aire cesaba de soplar.

No obstante, en un momento dado, una de aquellas sombras no volvió a su anterior posición. Se despegó del grueso tronco de un árbol, titubeó un instante como si no supiera a qué lado inclinarse, y al fin anduvo despacio, materializándose la figura delgada, de estatura mediana y vestida de oscuro que no tenía ninguna semejanza con las demás.



Burton Hare

La seductora muerte

Bolsilibros - Servicio Secreto - 885

ePub r1.0

Lds 14.12.17

Título original: *La seductora muerte*

Burton Hare, 1967

Cubierta: Desilo

Ilustración interior: Peña

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





CORAL MILLER

MAX BANNION

CAPÍTULO PRIMERO

La luna estaba en todo su apogeo aquella noche. Una claridad brillante se filtraba por entre el follaje y creaba sombras misteriosas en el gran jardín, deformando los arriates y macizos recortados, convirtiendo en bellos fantasmas los arbustos mecidos por el aire suave del mar.

Eran sombras lánguidas que se movían con pereza, ora a un lado, ora al otro, para volver a recobrar su inmóvil vertical cuando el aire cesaba de soplar.

No obstante, en un momento dado, una de aquellas sombras no volvió a su anterior posición. Se despegó del grueso tronco de un árbol, titubeó un instante como si no supiera a qué lado inclinarse, y al fin anduvo despacio, materializándose la figura delgada, de estatura mediana y vestida de oscuro que no tenía ninguna semejanza con las demás.

El recorrido, lento y seguro, llevó a la sombra móvil hasta la fachada lateral de la lujosa residencia. Había una sucesión de ventanas a oscuras en la fachada. La sombra las fue contando con cuidado hasta detenerse frente a la sexta. Miró a su alrededor, al jardín silencioso, a los árboles, macizos y flores carentes de color en la noche. Todo estaba tranquilo y en calma.

Entonces, acercándose a la ventana, la sombra empujó suavemente el marco hacia arriba, comprobando que era cierto que no tenía corrido el pasador. La ventana se abrió sin un chirrido. La sujetó y sin vacilar ya se deslizó al interior del cuarto.

Esperó, acostumbrándose a la oscuridad más densa. Luego, avanzó con infinito cuidado hacia la gran cama estilo *Hollywood* sobre cuya colcha rosada dormía una mujer. Se detuvo otra vez junto a ella.

La mujer, una forma inmóvil en la oscuridad, estaba casi desnuda. El hombre aceleró su respiración imperceptiblemente. ¡Qué hermosa era!

Luego, se inclinó y sus manos se cernieron en torno al cuello de la belleza dormida, sin tocarla todavía para evitar que despertara.

Y, repentinamente, los dedos largos y fuertes se cerraron como los garfios de un cepo, hundiéndose en la carne y apretando salvajemente.

La mujer se retorció violentamente, tratando de incorporarse. Su boca se abrió de modo espasmódico y un estertor salió de ella. Sus manos buscaron las que estaban matándola implacablemente... se cerraron en torno a las muñecas... sus uñas rasgaron la piel haciendo que pequeñas gotas de sangre brotaran de las heridas...

Hasta que dejaron de forcejear y cayeron sin fuerzas sobre la colcha rosada, mientras las que cerraban su cuello proseguían su feroz cometido sin pausa ni vacilación. La cabeza cayó hacia atrás, los ojos desmesuradamente abiertos, los labios separados, con la lengua presa entre ellos en un último esfuerzo...

Estaba muerta.

La sombra negra de la muerte se irguió despacio, contemplando el cuerpo inmóvil. No demostró prisa alguna. Comprobó concienzudamente que la bella mujer estaba muerta sin lugar a dudas. Luego, se encogió de hombros y retrocedió hacia la ventana, por la que saltó al jardín una vez más.

Las sombras seguían meciéndose dulcemente, ajenas al espantoso drama. Eran lánguidas y sus movimientos tenían algo de sensuales, como bailarinas exóticas meciéndose al son de orientales instrumentos.

Más, la sombra diabólica que cruzó por entre ella³ semejó paralizarlas momentáneamente. El suave soplo del viento cesó. Todo quedó inmóvil... excepto la negra figura mortal que se fundió en la noche cual si de ella hubiera brotado para su cobarde cometido.

Después, todo recobró su ritmo suave y lento, perezoso.

Todo, excepto la mujer muerta en su lecho, casi desnuda, que no mecería más su cuerpo, ni amaría jamás...

Ella estaba inmóvil definitivamente.

La casa estaba construida en lo alto de un terreno encaramado en la colina. La calle se retorció y serpenteaba, bordeándolo, hasta pasar por su parte superior, a espaldas de la grácil construcción. Todo el lote da terreno, bastante extenso, había sido convertido en un jardín de aspecto deliciosamente descuidado, con rocallas y arbustos tropicales por todas partes, senderos de piedra, escalones colgados inverosímilmente y algunos árboles que el aire mecía con suavidad.

En la terraza, colgada sobre el jardín, brillaba una luz, la única en toda la casa. Un hombre y una mujer estaban sentados en sendas tumbonas, dejándose acariciar por el airecillo que venía del mar y se llevaba el bochorno que convertía en irrespirable la atmósfera de la ciudad.

La mujer había cumplido ya sus veinticinco años, dejándolos atrás y haciéndose más hermosa con el paso del tiempo. Su cuerpo era una suave armonía de líneas capaces de inspirar al más exaltado de los poetas. Sus cabellos negros despedían pálidos destellos oscuros bajo la luz, creando una suerte de aureola al rostro perfecto y a los ojos brillantes y vivos, y a la boca suavemente trazada. Tenía un largo vaso en la mano y miraba al hombre con una leve sonrisa de conmiseración.

El muy bien podía contar treinta años, su rostro era fresco y agradable. No había en él las arrugas que imprime la deshumanizada vida ciudadana y estaba curtido por el sol de las grandes extensiones libres, sean de mar o de desierto. Había en sus ojos un fulgor latente, y miraban con expresión ingenua casi.

El hombre bebió un largo sorbo de su vaso y la mujer dijo:

—Yo sabía que nunca serías feliz con ella, Max... no era mujer para ti. No podía acabar bien una aventura tan loca...

—Según tú, May, ¿cuál es la mujer para mí?

—Mírame.

—¿Bueno?

—Ya la has visto.

Se echó a reír y bebió, paladeando el licor. Max sonrió.

—No has cambiado nada, querida...

—Quizá porque no ha pasado suficiente tiempo para un cambio.

Por otra parte, una no puede estar cambiando de piel a cada paso.

Max supo a qué se refería y sus labios se curvaron en una sonrisa afectuosa que por unos instantes dulcificó la dureza de sus facciones.

—Quedamos que no se volvería a hablar de eso entre nosotros —dijo.

—¿Quién ha hablado de qué, amor?

—Está bien, May; punto y aparte.

Era fácil no hablar del pasado. Era mucha más difícil olvidarlo. Olvidar aquella noche, recién llegado de África, cuando se sentía casi un extraño en su ciudad y había tropezado con aquella mujer de fuego, y la había llevado a cenar y después ella le había hecho observar:

—No me ha formulado usted la pregunta de ritual, Max...

—¿Qué pregunta?

—Creí que era un hombre experimentado en estas lides, además de ser un escritor de éxito y un aventurero del que hablan todos los periódicos...

—Ya veo. Se refiere a la siguiente: ¿Por qué hace usted eso, May, cuando puede conseguir una vida agradable sin...? Usted puede llenar los puntos suspensivos.

—Exactamente. Todos los hombres que he conocido se han apresurado a preguntarme lo mismo con diferentes matices. La mayoría de ellos no han necesitado puntos suspensivos.

—¿Y...?

—Podría contarle una historia de miseria, hambre y frustración. No hay nada de eso en la realidad, es un cuento reservado para los papanatas. Todo empezó de la manera más insensible y más estúpida de que pueda tener noticia. Una quiere subir, encumbrarse, tener joyas y vestidos, saberse admirada... luego los engranajes empiezan a girar y una ya no es más que una pobre partícula devorada por la maquinaria. Eso es todo. Nada de vivienda insalubre y padre borracho.

—Usted le quita toda disculpa a su vida.

—No necesito disculpas, Max... excepto para mí misma. Lo que piensen los demás no me importa.

—Comprendo... —Él la había mirado larga y profundamente, buscando una grieta en aquella coraza con que ella se protegía. No

la había encontrado—. Me pregunto por qué me ha dicho todo esto, May...

—Puedes tutearme —había replicado la muchacha—. Tienes derecho a ello.

—Odio los derechos y los deberes establecidos. Yo creo mis propios derechos y deberes, May...

—Eso había oído decir. Orbach tiene una muy alta opinión de ti.

Orbach, su editor, el hombre que le había empujado a conocer a May... el hombre que la había llamado por teléfono para que fuera a su encuentro...

—¿Conoces mucho a Orbach? —había preguntado entonces.

—Si te refieres a conocimiento íntimo, te diré que no. Nos conocimos en una fiesta. Después, él intentó estrechar ese conocimiento..., pero yo soy un poco rara en mis cosas. Quedamos buenos amigos —había resumido como final.

—Está bien, espero que conmigo puedas decir algo más cuando nos separemos...

—Cuando nos separemos... Sí, por supuesto, debe haber una separación.

Y la había habido, pero tres meses más tarde. Fueron tres meses de delirio, de olvido del mundo y de la vida que jamás podrían olvidar. El cénit de una pasión arrolladora. Luego, la separación, y la vuelta, y un nuevo encuentro... y el cambio.

El cambio al que ella se había referido.

Y entonces dijo:

—He visto tus diseños en las revistas, May. No entiendo nada de estas cosas de trapos, pero son encantadores.

—Espero que las mujeres opinen lo mismo. Le cuesta muy cara a la empresa, de modo que tienen que amortizarme con modelos vendidos...

De nuevo la miró al fondo de los ojos. Le pareció que en ellos había la misma oscuridad de la noche, como un manto que ocultara para siempre el sórdido pasado, un pasado que él había contribuido a modificar para que una mujer abandonara su vida equivocada y se convirtiera en lo que era en la actualidad...

—Fui un estúpido —estalló de repente.

—¿Vas a darte de bofetadas, amor?

—Debería hacerlo. Siempre he sabido que, después de ti, no

puede haber otra mujer capaz de hacerme sentir lo que es el amor... y sabiéndolo me dejé engatusar como un cadete. ¿No quieres reírte de mí, May?

—¿Por qué habría de hacerlo? Sabía que despertaría a tiempo. Bien, despertaste y de nuevo estamos juntos, bajo la luna, bebiendo y diciendo tonterías para prolongar un poco más el instante de besarnos... ¿Quieres besarme ya, Max?

—Lo estoy deseando desde que nos hemos sentado aquí, en la terraza... sólo que la espera es un placer agri dulce que no me perdería por nada del mundo.

Dejó el vaso sobre la mesita y se levantó. La tomó por los hombros, acercándola sobre su formidable pecho de atleta. Estuvo mirándola largamente hasta que ella entrecerró los ojos y sonrió.

—Te quiero, Max —dijo en un susurro—. No dejaré que otra mujer te aparte de mí.

—Eso no debió ocurrir nunca...

—Los dos tuvimos la culpa... y ella es muy hermosa.

—¿Piensas en sujetarme al fin?

—No, nada de sujeciones, nada de lazos atados con una firma en un documento público... te quiero y basta.

Entonces la besó, y el beso fue creciendo dentro de sí mismo, desbordándolo todo, ardiendo como un incendio que nadie desea apagar, mientras se estrechaban frenéticamente en un abrazo sin fin y el último recuerdo del mundo que les rodeaba se esfumaba en sus vidas aislándolos en un universo de quimera...

CAPÍTULO II

El hombre estaba sentado en la oscuridad, en la acera. La brasa de su cigarrillo relucía a intervalos. El silencio era completo en la calle y detrás de la alta cerca que protegía el extenso jardín que el hombre sabía a sus espaldas.

Era una calle retorcida y solitaria. Desde que estaba allí, esperando, había contado tres coches solamente, pero ninguno de ellos se había detenido.

Se levantó, impaciente, y arrojó el cigarrillo, pisoteándolo como si tuviera algo personal contra él. Farfulló un juramento y empezó a dar zancadas, aunque sin alejarse mucho del oscuro rincón en que había estado sentado. Era una figura de mediana estatura, delgada... aparentemente débil.

Más no era débil en absoluto.

Encendió otro cigarrillo. Entonces vio el resplandor de los faros que relampagueaban a medida que el coche se encaramaba por la retorcida calle. Aquél debía ser el que esperaba, seguro...

Retrocedió apresuradamente hasta colocarse en el oscuro paraje. Fumó nerviosamente. El coche coronó la cuesta, dio la vuelta a la última curva y enfiló el corto tramo recto en que estaba aguardando el hombre.

Éste se destacó de la oscuridad. Los faros se apagaron después de iluminarlo un fugaz segundo y el coche maniobró para parar junto a la inmóvil y delgada figura. Una vez detenido alguien preguntó desde el interior:

—¿Todo bien?

—Perfecto.

—¿Ningún contratiempo?

—En absoluto. Un trabajo limpio si los hay.

—Magnífico...

—¿Ha traído el dinero?

—Por supuesto.

Hubo un corto silencio. El suave runruneo del motor se confundía con el rumor del aire al agitar las ramas de los árboles.

La voz del coche dijo:

—Aquí tiene... cinco mil...

El hombre alargó la mano, inclinándose un poco. Cuando descubrió el negro y monstruoso cañón de la pistola trató de echarse atrás con un grito de pavor, pero su grito murió antes de nacer y todo sonido fue ahogado por el tremendo retumbar del arma cuando disparó dos veces casi simultáneas.

Los grandes plomos empujaron al hombre delgado como si fuera una pluma. Atravesó la acera dando vueltas y trompicones hasta rebotar contra la cerca...

El coche estuvo en marcha y alejándose antes de que la víctima del atentado, ya cadáver, rodara sobre las rústicas piedras de la acera. Desapareció en la próxima curva y todo volvió a quedar en silencio...

Pero los dos tremendos estampidos, rompiendo el silencio nocturno, martillearon en los oídos de la pareja que, fuertemente abrazados, seguían besándose locamente en la cercana terraza. Max apartó a la mujer casi con brusquedad. Ella susurró:

—¿Qué ha sido eso?

—Disparos..., un arma de gran calibre. No te muevas de aquí.

—Pero...

—Espérame. Voy a ver.

—¡Max, ten cuidado!

Pero él ya corría como un silencioso puma en la oscuridad del jardín, perdiéndose entre sus sombras con una agilidad asombrosa. No buscó la puerta, para llegar a la cual hubiera debido dar un gran rodeo, sino que corrió en la dirección que habían sonado los pistoletazos, y una vez llegado a la cerca la saltó como un gato, cayendo suavemente al otro lado.

Sus pies estuvieron a punto de aplastar la cabeza del hombre que yacía boca abajo en la acera. Max soltó una exclamación, inclinándose para comprobar que ya no podía hacer nada por aquel desgraciado. Estaba muerto sin la menor duda.

Buscó en sus bolsillos hasta encontrar las cerillas y encendió una, a cuya débil luz dio un vistazo al rostro del cadáver. Era delgado, macilento, y sus ojos muy abiertos tenían un extraño color claro.

La cerilla le quemó los dedos y la arrojó a un lado, incorporándose. Maldijo la suerte que venía a estropear una noche tan hermosa... la noche en que todo había vuelto a ser como debía, con May a su lado...

Habría que dar aviso a la policía.

Entonces oyó la sirena. Un auto-patrulla subía encaminándose por las curvas a toda velocidad. ¿Cómo diablos debían haberlo sabido?

Los vio llegar y comprendió que venían sabiendo lo que iban a encontrar, no en un recorrido normal de patrulla. Rechinaron los frenos, el auto se detuvo y al resplandor de los faros los dos agentes del vehículo se enfrentaron con él mirándole con sospechosa insistencia.

—¿Qué ha pasado, está muerto? —indagó uno de ellos, señalando el cadáver.

Max explicó lo que sabía, que era bien poco. Por la radio del coche enviaron un mensaje y no dejaron que Max regresara a su casa hasta que hubiera hablado con el oficial de Homicidios que se haría cargo del caso.

Fastidiado, el joven aguardó; pero, dando rienda suelta a su curiosidad, quiso saber:

—¿Cómo se han enterado ustedes de que había habido un asesinato?

El patrullero se encogió de hombros.

—Nos han radiado un aviso de que había disparos por aquí arriba. Alguien debe haber hecho la denuncia.

—¿Quién?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? Algún vecino, naturalmente.

—El único vecino en este paraje soy yo. No creo que los habitantes de la casa más cercana hayan podido oír con claridad los estampidos.

—Alguien debe haberlos oído... ¿Estaba usted solo en su casa?

—No. Hay una amiga mía allí.

—Bueno, avísela que no se vaya. El oficial querrá interrogarle

también.

Con acento burlón, Max preguntó:

—¿No teme usted que me de a la fuga si voy a avisarla?

—Sería lo peor que podría hacer, si lo ha matado usted...

—Ya veo...

Max se acercó a la cerca, dio un brinco y cayó al otro lado con su entrenada agilidad. May estaba esperándole con evidente nerviosismo.

—¿Qué sucede, Max? —inquirió.

—Un asesinato. Alguien ha disparado contra un pobre diablo. Está la policía allá afuera... Temo que no van a dejarnos en paz en mucho rato.

—¿Por qué tienen que molestarnos? No hemos visto nada...

—Ellos no lo saben, o no estarán convencidos hasta que lo hayan comprobado. De todos modos, ésta no es la última noche del mundo, ¿verdad?

Ella se empinó sobre las puntas de sus pies y le besó ligeramente.

—No —dijo—; no es la última noche...

—Será mejor que aguardes aquí. Yo debo volver o empezarán a creer que me he fugado.

Esta vez salió por la puerta, y cuando llegó junto a los patrulleros encontró que había dos coches más, pertenecientes a curiosos que se habían detenido atraídos por la presencia de la policía.

Para cuando llegó el primer auto con los detectives de la Brigada de Homicidios, los curiosos habían aumentado de número, al igual que los coches. Los guardias comenzaban a poner mala cara ante los diez o doce mirones que comentaban el crimen desapasionadamente.

Los detectives escucharon el informe de los patrulleros. Max vio cómo éstos le señalaban de vez en cuando, de modo que al terminar la breve conferencia no le extrañó que uno de los hombres de paisano se acercara a él resueltamente.

—Soy el teniente Durham —se presentó—. Entiendo que usted es la única persona que puede decirnos algo respecto al crimen.

—Me temo que muy poco teniente.

—¿Su nombre completo?

—Max Bannion.

—¿Bannion? Su nombre me suena... lo he oído alguna otra vez...

—Tal vez lo ha leído... Los periodistas tienen la mala costumbre de ocuparse de mí de vez en cuando.

—Lo aclararemos después. Ahora cuénteme lo que sabe.

Su declaración fue breve y decepcionó al policía. En aquel momento, uno de los detectives que se había acercado a examinar el cuerpo exclamó:

—¡Eh, teniente, vea esto!

Durham se apartó de Max, pero éste le siguió. Pudo ver, a la luz de la potente linterna del policía, los profundos arañazos en las muñecas del cadáver, arañazos que habían sangrado y que eran como surcos rojizos. La sangre estaba seca, pero dejaba ver que trozos de piel habían sido arrancados por las uñas causantes de las señales.

—Una mujer —rezongó el teniente—. Uñas afiladas... ¿Cómo demonios...?

Se interrumpió porque la llegada del forense produjo un pequeño revuelo. Max dijo:

—Para que una mujer produjera esas marcas, teniente, debía estar verdaderamente frenética... o desesperada.

Durham le miró.

—¿Cuál es su idea?

—No tengo ninguna, pero los arañazos están en ambas muñecas. Son profundos, de modo que las uñas deben haber permanecido un buen rato clavadas en la piel... ¿Qué estaría haciendo el hombre entretanto?

El teniente soltó un gruñido.

—Tal vez apretándole el gaznate... Es lo único que se me ocurre para que tuviera las manos tan ocupadas que no pudiera librarse de las uñas.

—Una buena deducción... Presumo que le entregarán otro cadáver esta noche, teniente.

—Sí, vienen a rachas, como los saltamontes. ¿Vamos a ver a esa joven que estaba con usted en el momento de los disparos?

—Por supuesto. Sígame.

—Éste... Imagino que no tendrá inconveniente en que mis

hombres den un vistazo por su jardín... Sólo en la zona cercana a la del crimen.

—¿Por qué?

—Rutina.

—Demonios rutina... Usted tiene una idea entre ceja y ceja.

—Bueno... Los disparos han sido hechos con una pistola de gran calibre, un arma potente y grande. No está en la calle. El criminal puede habérsela llevado o arrojado a alguna parte. ¿Por qué no por encima de la cerca del jardín?

—Ya veo... bien, regístrenlo.

Durham suspiró con alivio y dio unas órdenes. Inmediatamente, siguió a Max hasta la puerta y un minuto después estaba en presencia de la fascinante May, cuya belleza le dejó sin aliento unos instantes.

Más, la declaración de la muchacha no le sirvió más que para establecer que Max estaba en la terraza en el momento de producirse los disparos.

—Eso es cuanto puedo decirle, oficial —acabó ella con una sonrisa.

—No había fundado muchas esperanzas en su informe —rezongó, volviéndose hacia Max, a quién espetó—: Supongo que no había usted visto nunca anteriormente al hombre muerto, ¿eh?

—Es un completo desconocido para mí.

—Está bien, espero que no saldrá usted de la ciudad, sin avisarme. Quizá necesite de usted otra vez.

—No pienso ir a ninguna parte en estos días inmediatos.

Durham dirigió una mirada a la pareja, carraspeó y se disponía a despedirse cuando uno de sus detectives apareció corriendo, llevando algo en la mano, algo envuelto en un pañuelo.

—¡Mire lo que hemos encontrado junto a un matorral, teniente! Una automática «Magnum».

—Vaya, hombre... la suerte está de nuestra parte esta noche.

El teniente tomó el arma y la examinó, olió el cañón e hizo una mueca.

—Recién disparada —dijo—. Los de «Balística» nos dirán si se trata del arma del crimen... aunque yo estoy dispuesto a afirmarlo desde ahora. De modo que estaba en el jardín, ¿eh, Billy?

—En efecto, a unos cinco metros de la valla.

—Y, como es lógico, no contendrá huellas... En fin, por lo menos podremos seguirle la pista...

—¡Un momento!

La seca voz de Max le hizo girar como una peonza.

—¿Qué le pasa ahora?

—Quiero ver esa automática... el agente ha dicho que es una «Magnum». ¿Es cierto?

—Seguro; una «389».

Max se inclinó para ver de cerca la potente pistola. Una expresión indefinible fue extendiéndose por su rostro, que sufrió un cambio radical, endureciéndose de manera amenazadora.

—Saque el cargador —exclamó de repente.

—¿Qué demonios...?

—¡Sáquelo!

Durham le miró con sospecha. Entrecerró los ojos y sin mirar el arma para nada pulsó el resorte y extrajo el cargador, que sostuvo entre sus dedos protegidos por su propio pañuelo.

Max no pudo contener un juramento. Luego gruñó:

—Fíjese en esa señal...

Durham vio el descascarillado en el pavonado del cargador, sin duda producido por un golpe. Se estremeció.

—No me diga que sabe a quién pertenece la pistola, Bannion.

—Seguro que lo sé.

—¡Por todos los diablos! ¿A quién...?

—Es mía.

—¿Qué?

Max clavó sus ojos, que tenían la dureza del diamante, en los asombrados del policía.

—Es mía —repitió con forzada calma.

El silencio que siguió llegó a convertirse en angustioso. Max notó la suave mano de May que se introducía entre sus dedos.

Durham parecía haber perdido el habla. El silencio se prolongó amenazadoramente...

CAPÍTULO III

Habían entrado al salón y allí el teniente Durham había demostrado lo poco que creía en las coincidencias, formulando casi una acusación contra Max.

—¿Cómo se explica que su automática haya servido para cometer un asesinato —insistió—, y que luego haya aparecido escondida en su jardín, sin que usted sepa una palabra del hecho?

—Mire, en primer lugar, todavía no está demostrado que esa «Magnum» haya servido para cometer el crimen. Por otra parte, no estaba «escondida» en mi jardín, sino «tirada» en él. Usted mismo ha sospechado que el asesino podía haberla arrojado por encima de la verja.

—Pero entonces yo no sabía que se tratase de su propia arma, señor Bannion... una pistola no desaparece con esa facilidad sin que uno se de cuenta.

—Pues en este caso ha sucedido. Además, tengo otras armas, cortas y largas. De no haber sido encontrada ésta en el jardín en estas circunstancias, no habría notado su falta hasta que las hubiera limpiado como tengo por costumbre.

—Imagino que tendrá usted licencia en regla para esas armas...

—Puedo mostrárselas cuando guste.

—En otro momento... Ahora, demos por sentado que alguien se la robó, tal como usted dice. ¿Quién pudo tener la oportunidad de hacerlo sin que usted lo advirtiese?

—No tengo la menor idea. Desde mi regreso del último viaje han acudido infinidad de personas a saludarme; viejos amigos, periodistas...

—¿Cuántos de ellos conocían la existencia de su arsenal?

—Prácticamente todos. Hasta los periodistas insistían en verlo

para sacar fotografías.

—¿Por qué?

Bannion le miró de través. Empezaba a cansarse de semejante juego.

—Ellos consideran que lo que me atañe de cerca es de interés para sus lectores —dijo a regañadientes—. Les gusta meter las narices en mi vida digamos... pública.

El teniente arrugó el entrecejo. Luego, repentinamente, le llegó la comprensión y dio un respingo.

—¡Max Bannion! —exclamó—. Por supuesto, ahora sé de qué me es familiar su nombre. El aventurero... el guerrillero que ha estado metiéndose en todos los embrollos internacionales de unos años a esta parte. Ya veo...

—No exagere. Sólo he viajado un poco buscando material para mis novelas.

—Sí, ya sé la clase de material que ha buscado usted... Todas las revoluciones sudamericanas le han tenido a usted enquistado en sus filas. Ha tomado parte en las batallas de África, en todos los barullos de negros ha andado pegando tiros en favor de unos o de otros... Debí identificarle antes, señor Bannion...

Éste se encogió de hombros. El policía añadió:

—Bien, ¿quién supone que puede haber robado su pistola?

—Le repito que no lo sé. Ninguno de mis amigos sería capaz de hacerme esto a mí...

—Tienes un exceso de confianza en tus amigos, Max.

La suave voz de la muchacha le hizo dar un respingo.

—Es mejor que te mantengas apartada de esto, querida —dijo con voz tensa.

—¿Por qué no le hablas de «ella»? Pudo haber tomado prestada el arma...

—¿A quién se refiere? —saltó Durham.

Max soltó un juramento.

—Olvídelo. Está bromeando.

—No, no bromeaba —insistió el policía—. A veces las rencillas de las mujeres nos ayudan más que todos nuestros laboratorios. ¿A quién ha querido aludir con lo que ha dicho, señorita?

—A Coral Miller. Estuvo visitando esta casa con relativa asiduidad... hasta hace pocos días.

Max la fulminó con la mirada, pero de nada le sirvió. El teniente dijo:

—Coral Miller... la «estrella»... Claro, los periódicos publicaron una serie de chismes respecto a la frecuencia con que se les veía juntos a ustedes... Bien, pero ¿por qué la Miller podía tener interés en llevarse una de las armas del señor Bannion, señorita?

May se encogió de hombros.

—Lo único que se me ocurre es que quisiera vengarse de Max. El, Max, podemos decir que «la corrió» fuera de aquí con cajas destempladas. Por poco no la arrojó por la ventana.

—¡May!

Ella le miró. Sonrió.

—Es la verdad, cariño, y tú lo sabes. ¿Por qué ocultarla?

Bannion hizo un gesto de desagrado, pero fue el policía quien gruñó:

—Usted piensa que la Miller, despechada, pudo robar la pistola con la intención de pegarle un tiro al señor Bannion, ¿eh? Sólo que esa teoría no se sostiene de pie ni con muletas. En primer lugar, ¿por qué no lo intentó, si era ésa su intención? En segundo lugar, la pistola ha sido encontrada de nuevo en el jardín, y no ha servido para atentar contra Bannion, sino para asesinar a un desconocido cuyas muñecas estaban despellejadas...

—Si cree poder sostener una acusación contra mí, teniente, está completamente loco —estalló Max, cuya paciencia había llegado al límite.

Durham le miró con sorna.

—No acostumbro a sostener acusaciones contra nadie hasta que tengo pruebas suficientes para hacerlo. No puedo permitirme el lujo de pillarme los dedos en estos asuntos, y menos con tipos como usted, más o menos famosos. «Sin embargo, seguiré investigando esta faceta del caso...». ¿Dónde vive la Miller?

A regañadientes, Max dio una dirección. Durham gruñó:

—Eso no está muy lejos de aquí.

—¿Piensa visitarla a estas horas de la madrugada? —rezongó Max de mal talante.

—Seguro. Para mí, no hay mucha diferencia entre una estrella y otra mujer. Soy alérgico a los seriales de televisión, ¿sabe usted?

Sólo le respondió una especie de juramento contenido, al tiempo

que Max, dándole la espalda, Se ocupaba en servir una generosa ración de *whisky* en un vaso. Por unos instantes, el teniente abrigó la esperanza de que el vaso le estuviera destinado, pero vio cómo el atlético propietario de la casa paladeaba el licor a pequeños sorbos y suspiró.

—Creo que sería bueno que usted me acompañase, señor Bannion —dijo, encasquetándose el sombrero—. Eso facilitaría las cosas.

—¿Olvida que ella y yo nos separamos con muy poca amabilidad, para decirlo de alguna manera? Lo único que conseguiría con mi presencia sería hacerlo todo más difícil.

—Aún así, insisto en que venga conmigo. Una especie de careo con ella, ¿comprende?

Disgustado, Max miró a la muchacha y pareció complacido al captar la sonrisa de ella. Después, May susurró:

—El tiene razón, cariño...

—Muy bien, vamos allá. Supongo que podré acostarme cualquier día de esta semana...

Cuando se dirigían al coche, Durham preguntó con voz neutra:

—¿Ella ha venido a consolar su desengaño amoroso, Bannion?

Éste se detuvo.

—Otra pregunta semejante y le haré tragar los dientes, teniente.

—Demonios, qué susceptible es usted. Sólo me interesa en mi calidad de policía. No me importa su vida, compéndalo...

—No vuelva a meterse con May, teniente, ni siquiera en su calidad de policía. Ella está al margen de todo esto.

—Pero, por lo que entiendo, ya se conocían antes de que usted se sintiera atraído por la Miller. ¿No es cierto?

—Hace años que nos conocemos.

—¿Y...?

—Al demonio con usted. No hay más respuestas al respecto.

—Bueno, bueno, cálmese...

Tomaron el coche del policía. Instantes después, el vehículo rodaba en la noche por las solitarias calles de la colina.

Ninguno de ellos podía sospechar que les aguardaba una nueva y macabra sorpresa...

CAPÍTULO IV

Max encendió otro cigarrillo con la punta del que había estado fumando. Cejijunto, se dejó caer en una butaca, y oyendo las voces de los policías en el dormitorio contiguo, viendo los chispazos de las cámaras de los fotógrafos y preguntándose qué demonios sucedía aquella noche, cuando la muerte parecía haberse desatado violentamente en el aristocrático distrito de Bel-Air.

Contempló distraídamente la lujosa y un tanto chillona decoración que le rodeaba. Los gustos de Coral Miller siempre habían sido un tanto extravagantes, y su casa era un buen ejemplo de ello.

Coral. Miller, acababa de verla muerta, semidesnuda sobre su lecho; y parecía imposible que eso fuera cierto, que aquel cuerpo retorcido, de rostro crispado, fuera el de Coral, la mujer que durante unos días había sabido subyugarlo de tal modo que estuvo a punto de cometer la mayor tontería de su vida...

Tuvo tiempo de fumar otros cigarrillos, antes de que el teniente Durham saliera del dormitorio con una expresión torva en su rostro.

—Hay algunas cosas sorprendentes en estos crímenes, Bannion —comentó, sentándose cansadamente frente al aventurero—. Le confieso que es el encadenamiento de circunstancias más curioso de cuantos he conocido.

—¿Por qué? Se han cometido dos crímenes en una misma noche. Imagino que se cometerán otros y...

—No se dispare. ¿Recuerda las muñecas del hombre muerto al pie de su jardín?

—Claro que las recuerdo. Le faltaban tiras de piel a causa de los arañazos.

—Bueno, la piel que le faltaba está en las uñas de Coral Miller. Le apuesto doble contra sencillo a que él fue quien la estranguló. De todas formas lo sabremos con seguridad cuando los del laboratorio me den su informe. Además, hay unas huellas perfectamente claras al pie de la ventana. Alguien había regado poco antes ese trozo de jardín, de modo que los pies del criminal quedaron impresos profundamente. Uno de los zapatos tiene el tacón gastado excesivamente, y a juzgar por la profundidad de las huellas y el estado de humedad del suelo, el asesino debía pesar poco más o menos como el hombre asesinado. ¿Qué le parece todo esto?

Bannion no respondió. Estaba pensando furiosamente, y nada de lo que imaginaba era agradable.

Durham encendió un cigarrillo y prosiguió:

—Ella se aferró a las muñecas del asesino. Clavó sus uñas desesperadamente... Muy bien, ahora me gustaría saber quién mató al asesino... porque éste es un círculo vicioso en el que usted está metido hasta el cuello, amigo mío.

Max le miró sin alterarse. Reconocía que las ideas del policía debían seguir aquel camino, porque era el mismo que él acababa de recorrer mentalmente.

—Siga adelante, teniente —dijo—. Sólo conseguirá perder el tiempo y darle una ventaja adicional al asesino.

—Seguiré adelante, qué duda cabe. Me parece muy raro que esa desgraciada fuera asesinada, y luego su matador cayera a su vez junto a la cerca de su jardín, teniendo en cuenta que ella y usted habían tenido una pelea hace pocos días, separándose violentamente.

—No dramatice más de la cuenta, Durham.

—No dramatizo, analizo los hechos. ¿Es cierto o no que se separaron con violencia?

—No nos arañamos, si es eso lo que quiere dar a entender.

—No, pero usted reconoce que estuvo a punto de echarla de su casa a puntapiés.

—Seguro. Descubrí que era una pequeña zorra y que estaba tomándome el pelo.

—Naturalmente, usted se sintió despechado, vejado por esa burla de que había sido víctima.

Max suspiró, todavía controlándose.

—Vamos, dígalo de una vez —espetó—. ¿Por qué andarse con rodeos? Sé lo que está pensando, de modo que no lo mastique más tiempo y escúpalo ya...

—Okey; un tipo suspicaz podría imaginar que usted contrató a un asesino para vengarse de Coral Miller. Le ofreció una fuerte suma por el trabajo... que él realizó a conciencia. Sólo que cuando se presentó a cobrar, usted le pegó dos tiros, única manera de estar seguro que jamás se vería delatado ni extorsionado por el hombre. Es una historia que no suena del todo mal...

—Es una sarta de estupideces. ¿Por qué lo maté junto a mi jardín, y con mi propia pistola?

—Todavía no he encontrado una explicación a eso, pero si existe la hallaré sin la menor duda.

—Siga por ese camino, teniente, y me obligará a luchar de una manera que no va a gustarle...

—¿Por qué pierde los estribos ahora?

—Porque si continua así será tanto como acusar a May de cómplice, puesto que ella estaba conmigo cuando fue asesinado el hombre de la calle. Y en el mismo instante en que formule usted semejante acusación le aplastaré.

No lo dijo con violencia, ni siquiera elevando la voz. Fue un tono bajo y casi monótono, pero conteniendo tal dosis de salvajismo que Durham se estremeció.

—Estoy haciendo conjeturas —refunfuñó—. Nada más.

Max se levantó pesadamente.

—Por otra parte, si yo hubiera querido matar a un hombre a tiros en plena noche, habría usado un silenciador, teniente... un silenciador ruso muy eficaz que poseo. Buenas noches.

—¡Eh, un momento!

—Cuando quiera interrogarme otra vez, cíteme en debida forma.

Cruzó la puerta y abandonó el salón. Durham escuchó el retumbar del portazo cuando salió al jardín. Sacudió la cabeza de un lado a otro y se levantó, entrando nuevamente al dormitorio para supervisar la labor de sus hombres y discutir un poco más con él forense.

Luego, cuándo se llevaron el cadáver, pensó qué debería dar cuenta a la Prensa de los extraños crímenes encadenados y sintió un sudor frío correrle por la espalda. No iba a pasarlo muy bien si no

obtenían pronto resultados...

* * *

El joven agente depositó los informes sobre su mesa, Durham lo agradeció con un gruñido y dio un vistazo a la ventana, en cuyos cristales se adivinaba la naciente claridad del amanecer.

Después leyó el informe urgente del laboratorio. Le había costado insistir de manera enojosa para obtenerlo tan pronto. Ahora quedaba demostrado sin lugar a dudas que los restos de piel hallados en las uñas de la mujer muerta habían sido arrancados de las muñecas del hombre cuyo cadáver fuera encontrado en la calle. También en sus zapatos fueron hallados vestigios de tierra del mismo tipo y composición que la del jardín, y uno de sus tacones estaba profundamente gastado.

Eso disipaba las últimas dudas que pudieran haber cabido. Durham se echó atrás en su chirriante sillón y cerró los ojos. Mentalmente, evocó las escenas de ambos crímenes, pero por encima de ellas y de todo lo demás surgía la imagen perturbadora de Max Bannion. Aquel hombrón descomponía el cuadro. O era culpable o no lo era, pero tanto en un caso como en otro no encajaba en el cuadro, lo desbordaba, rompiendo todos los moldes.

—Que el diablo lo lleve —refunfuñó, enderezándose.

Entonces se dirigió a la planta baja, donde aguardaban los reporteros ávidos de novedades. Ya no podía entretenerlos más, de modo que se dispuso al sacrificio con un perfecto aire de mártir, actitud que varió por completo al empezar a bajar las escaleras, sabiendo como sabía que su aspecto sería más tarde descrito por los periodistas, y que de él sacarían también sus consecuencias.

CAPÍTULO V

Los periódicos de la mañana sólo publicaron la noticia escueta de la muerte de Coral Miller, a causa de la premura del tiempo. El asesinato del desconocido sólo mereció los honores de un pequeño suelto en una página interior.

Eso dio a entender a Max Bannion que la policía no había revelado a los periodistas todo lo que sabía.

En cambio, los de la tarde aparecieron con grandes titulares y extensas crónicas, amén de espeluznantes fotografías. Aunque Carol Miller no había llegado a alcanzar una gran fama como protagonista femenina de algunas «series» de televisión, era lo bastante conocida para que los periódicos le dedicasen grandes extensiones.

Max leyó los truculentos relatos con el ceño fruncido. Pero lo frunció más todavía cuando leyó su propio nombre y lo que la calenturienta imaginación del reportero había elaborado. Uno sacaba la impresión de que, entre él y la Miller había existido un gran amor, tumultuoso, apasionado, violento y ardiente. Cualquiera podía llegar a la conclusión de que él había sido todo para la mujer, desde su confidente hasta su amante adorado. Luego venía la ruptura, también descrita con exaltados términos, términos que arrancaron una sarta de maldiciones al aventurero.

Desde otra butaca, en la terraza, May levantó la cabeza del periódico que estaba leyendo, intrigada por el estallido.

—¿Qué te pasa, Max? Es una historia divertida.

—¡Infiernos divertida! Me pintan como...

—Olvídalo. Tú eres noticia. No puedes librarte de estas cosas.

—Me gustaría que...

—No lo digas, amor...

Él sonrió.

—Tú ganas otra vez. Al diablo con ellos.

—Si te fijas bien —dijo May con acento irónico—. Debes agradecerle al teniente que no te haya presentado como sospechoso número uno. Se ha contentado con dar de ti la impresión de que fuiste un amante un poco tonto, el confidente de una mujer que jugó contigo cuando dejaste de interesarle.

—Que, a fin de cuentas, es poco más o menos lo que sucedió.

—No digas más tonterías. No fue ella quien te plantó, sino al revés, aunque eso no importa ya. ¿Tienes alguna idea para esta noche?

—Montones de ideas, pero todas giran en torno a lo mismo.

—Eres un hombre de ideas fijas, amor.

—La noche pasada nos la estropearon. Deseo aprovechar ésta.

—Pero eso no impide que salgamos a cenar y a bailar un poco. Después, y como alguien dijo una vez, la noche todavía será joven.

—Seguro, y tú estarás junto a mi. ¿A qué esperamos?

Ella plegó el periódico, abandonándolo sobre la mesa, junto a los vasos vacíos. Se levantó, con su maravillosa silueta recortándose contra la oscuridad que había invadido el jardín. Estuvo un instante inmóvil, aspirando hondo, feliz por la proximidad del hombre que amaba. Luego, se dirigió al interior, sabiendo que los ojos de Max no se apartaban de ella ni un segundo.

Fue en aquel instante cuando la bala alborotó los diarios de la mesa y levantó un surtidor de astillas de uno de los pilares de madera.

Resultó algo tan inesperado y sorprendente que ambos tardaron unos segundos en captar todo el significado del hecho. Max saltó de pie y se arrojó contra la muchacha, derribándola al suelo en el instante que otra bala, tan silenciosa como la primera, pasaba zumbando por encima de sus cabezas.

—¡Max! —chilló la mujer—. ¿Qué...?

—¡Adentro!

La empujó, arrastrándose al mismo tiempo. La tercera bala, también demasiado alta porque ellos estaban fuera de la línea de tiro, aulló al rebotar contra la pared.

Max se incorporó una vez dentro, protegido por la oscuridad. Respiraba con cierta agitación, pero sus nervios parecían no haberse alterado lo más mínimo.

—Vete a la habitación, May —susurró—. Yo veré qué sucede ahí fuera.

—¡Max, han intentado matarnos! —gimió May.

—No a ti en todo caso. La cosa estaba destinada a mí sin la menor duda. No enciendas ninguna luz y mantente apartada de toda ventana.

Corrió en la oscuridad como si tuviera ojos de gato.

Ella le oyó girar una llave y supo que estaba abriendo el armero empotrado en la pared. Cuando él volvió hacia la puerta empuñaba un terrorífico rifle «Marlin» de caza mayor y la muchacha oyó el seco chasquido de los proyectiles al ser introducidos rápidamente en el depósito del arma.

De pronto ya no lo vio ni oyó. No supo por dónde había salido ni cómo lo había hecho. Fue lo mismo que si se hubiera desvanecido en el aire.

Ella no se atrevió a moverse y permaneció acurrucada en la oscuridad, conteniendo la respiración para captar cualquier rumor. Tenía ciega confianza en Max, sabía que pocos hombres podrían competir con él en aquella clase de luchas nocturnas, pero no podía alejar el temor de que le sucediera, algo irreparable.

El tiempo se eternizó para ella. Luego, algo más tarde, oyó un débil rumor en la terraza y se puso tensa, Pero la voz calmosa de Max dijo, al entrar:

—¿Estás ahí, nena?

—Si, Max.

—Ya no hay nada que temer. El tipo se ha largado.

Encendió la luz. Por primera vez, ella vio en el rostro de un hombre el furor homicida que incita a la caza del ser humano, el ansia de matar sin vacilación alguna. Max tenía las mandíbulas encajadas y sus ojos despedían destellos.

—El hijo de perra —masculló—, pudo matarte a ti... disparó de tal modo que no te dio por verdadero milagro.

May comprendió entonces a qué obedecía aquel acceso de furia. Sólo porque ella había corrido aquel riesgo...

Él apoyó el potente rifle contra la pared. Entre dientes explicó:

—Ha disparado desde la verja, casi desde el lugar donde asesinaron a aquél tipo anoche... Es el único punto que domina la terraza. La oscuridad nos ha salvado...

—No comprendo...

—El fulano esperaba que encendiésemos la luz, pero cuando ha comprendido que no íbamos a hacerlo se ha arriesgado... utilizando un rifle de mediano calibre con silenciador. Si pudiera echarle la vista encima...

—Pero, Max, ¿por qué...?

—¿Cómo quieres que lo sepa? No puede tratarse de algún resentido con el que me haya enfrentado alguna vez. Hace más de un año que no intervengo en ningún hecho violento excepto los de África.

—Pero alguien ha querido matarte, Max...

—Sí, y no puede tratarse de un error. Creo que habré de adoptar precauciones de ahora en adelante, hasta que pueda cazar a ese bastardo.

Durante unos segundos, May estuvo mirándolo con el alma asomada a sus ojos. Por primera vez había conocido el riesgo de cerca, había visto en peligro la vida de él, y ese hecho servía ahora para que comprendiera cuánto amaba a aquel hombre.

El decidió:

—No vamos a dejar que eso nos estropee también esta noche. Ve a vestirme y saldremos a cenar.

Ella se dirigió a su habitación, no muy segura de que eso fuera lo más conveniente. Al quedar solo, Max tomó el rifle y, dirigiéndose al armario empotrado que servía de arsenal, lo colgó entre los otros muchos que se alineaban al fondo. No extrajo los cartuchos que antes había cargado.

Durante unos instantes contempló pensativo las armas cortas que, metidas en fundas de plástico para salvaguardarlas del polvo, colgaban de sendos garfios. Finalmente, eligió un «Colt-Cobra» calibre «38», de cañón corto. Abrió el cilindro y lo cargó. Luego metió un puñado de cartuchos en un bolsillo, introdujo el revólver en el cinto y cerró las puertas con llave.

Cuando May regresó, ataviada para una salida nocturna, encontró a Max sentado, esperándola. De nuevo volvía a ser el hombre calmoso de siempre y había desaparecido de su mirada aquella expresión implacable que la había estremecido.

Le sonrió, y al enlazarla por la cintura la besó ligeramente en los labios. Poco después, el aplanado coche deportivo de Max se

lanzaba cuesta abajo por la serpenteante calle, llevando en su asiento una pareja dispuesta a pasar una noche feliz a despecho de la amenaza que se había cernido de repente sobre sus cabezas...

CAPÍTULO VI

Al teniente Durham, quizá por su excesiva proximidad con los intrincados vericuetos de las influencias de Hollywood, no le gustaban las gentes del cine o de la televisión. A decir verdad, los detestaba.

Eso quedaba de manifiesto palpablemente cuando entró en el lujoso despacho del magnate de la producción en cuya nómina había estado inscrita Coral Miller.

Hubo un instante de tensión entre los dos hombres, como si estuvieran calibrándose. Raoul Hendrickson era obeso, aunque su elevada, estatura disimulaba en parte su gordura. Tenía una cara colorada y unos ojos saltones cargados de codicia. Una cabellera escasa y salpicada de canas coronaba su gran cabeza, en la que la nariz aguileña acababa de hacer de él un hombre que no ofrecía muchas facetas agradables a la vista.

—¿Teniente Durham? —murmuró el magnate—. Siéntese.

El policía avanzó, instalándose en una butaca. Definitivamente, no le gustaban aquellos semidioses de pies de barro.

—Me han dicho que Coral Miller trabajaba para usted —empezó.

—Exactamente para la «Taurus Pictures».

—¿No es lo mismo?

—De ningún modo. La «Taurus» es una de tantas corporaciones adscritas a la «Mundial Films». Yo soy el presidente de la «Mundial».

—Todo esto son legalismos. Usted es quien financiaba a la Miller. ¿No es así?

—Efectivamente, a través de esa filial. Para cada serie nace una de estas firmas, de este modo la «Mundial» queda siempre a

cubierto si hay un descalabro económico.

Durham hizo un gesto de fastidio.

—Al diablo con todo ese fárrago de tecnicismos legales. Para lo que me interesa no cuenta. Sé que actualmente, ella estaba protagonizando una «serie» de la que llevaban rodada la mitad poco más o menos. ¿Es así?

—En efecto.

—Su muerte habrá resultado un duro golpe para ustedes.

—Ha arruinado la «serie» —rezongó el magnate sin alterarse demasiado por ese hecho—. A estas alturas, no es posible cambiar de protagonista femenina con alguna triquiñuela...

—¿Tiene usted alguna idea de quién haya podido matarla?

Los fofos hombros del productor subieron y bajaron pesadamente.

—Sospecho que encontrará usted a mucha gente que no sentía ninguna simpatía por Coral. Yo mismo había sentido tentaciones de azotarla más de una vez.

—¿Por qué?

El gordo suspiró.

—Era una continua fuente de dificultades. Desde que empezamos el rodaje sólo nos causó dolores de cabeza... Era caprichosa, voluble, inconsciente, y tenía la formalidad de una mofeta. Nunca sabíamos a qué atenernos sobre el plan de trabajo, porque continuamente estaba variándolo con sus retrasos... Sí, creo que en una u otra ocasión, la mayoría del personal sintió tentaciones homicidas hacia ella.

Se echó a reír y su papada se estremeció. Luego, su risa cesó tan de repente que Durham parpadeó.

—Eso no quiere decir que ninguno de nosotros la haya matado, por supuesto —dijo abruptamente—. Usted encontrará que ella tenía una vida privada... éste... sentimental, digamos, muy agitada también. Eso siempre entraña rencillas, celos y odios. Creo que es por ese lado por donde debe usted buscar.

Pacientemente, Durham explicó:

—Espero que me permita elegir por mí mismo los lugares que he de investigar. ¿Quiénes tenían más estrecho contacto con ella aquí?

—Bueno... Harry Stern, por supuesto. Es el protagonista masculino de la «serie» y uno de los que más impertinencias debía

aguantar de Coral. Luego tenemos a Atkins, el director, y Barston, el «cámara»... y podríamos añadir todo el resto de personal, tanto intérpretes secundarios como técnicos... Me temo que resultaría una lista interminable, teniente.

—Sí, me doy cuenta. De todos modos, he tomado nota de esos nombres y empezaré por ellos. Otra cosa, señor Hendrickson; ¿conoce usted algún idilio de ella dentro de los estudios?

—No.

—Ésa es una respuesta muy rotunda.

—Y cierta. Su vida fuera del trabajo era verdaderamente escandalosa, pero aquí dentro no permitimos veleidades que entorpezcan la marcha del negocio.

—Pero podía mantener relaciones íntimas con alguien del personal, fuera de las horas de trabajo, supongo.

—Podía hacerlo, por supuesto, pero no estoy en condiciones de negarlo o afirmarlo. Lo que hiciera fuera de aquí nunca me interesó particularmente.

—Bien, espero que haya alguien que sí sintiera interés por lo que Coral Miller hiciera fuera de los estudios, de lo contrario mi tarea va a ser muy dificultosa. Otra cosa, señor Hendrickson: ¿qué sucederá ahora con la parte de la «serie» rodada?

La frente del magnate se Contrajo por unos instantes. Sus ojos codiciosos brillaron de tal manera que por un momento Durham creyó que iba a estallar en maldiciones; Pero sólo dijo:

—¿Usted sabe cómo se ruedan estas «series», teniente?

—No tengo la menor idea.

El gordo suspiró.

—Primero se reúnen todos los guiones. Son películas cortas, sin complicaciones, igual que trajes confeccionados, ¿entiende? De modo que no exigimos demasiado en cuanto a calidad. Bien, con todos los guiones aprobados, se procede al montaje de los escenarios comunes a la mayoría de episodios, como por ejemplo, el despacho del protagonista, su casa... el interior de su coche. Entonces se ruedan todas cuantas escenas transcurren en esos decorados en «todos los episodios», de tal manera que se da el caso, en ocasiones, que tenemos secuencias de casi todos los episodios, pero no tenemos ni uno solo terminado.

—Ya veo...

—Éste es el caso de esta «serie». Todo lo que podemos hacer con el material rodado es pegarle fuego y olvidarlo... lo cual representa pegarle fuego a seiscientos mil dólares invertidos.

El policía silbó entre dientes.

—Un buen descalabro, como usted decía al principio —comentó con un escalofrío al imaginar aquella suma—. Sospecho que no sentirá usted ninguna simpatía por el asesino.

—Bueno, me gustaría arrancarle la piel a tiras, naturalmente.

Durham se levantó.

—Le agradezco que me haya dedicado parte de su tiempo, señor Hendrickson. Si no tiene inconveniente, haré algunas preguntas más a los personajes que ha nombrado, usted antes. Si he de volver a hablar con usted le avisaré con tiempo.

—Muy amable. Puede interrogar a quien le plazca en los estudios, con la seguridad de que colaborarán con usted. Buena suerte.

El teniente abandonó el despacho un tanto preocupado. Seiscientos mil dólares de pérdida son muchos dólares, incluso para una compañía tan poderosa como la «Mundial». Quizá el asesino, o el instigador del asesinato realmente, tenía algo contra la productora, además de odiar a la víctima.

El único de los indicados por el productor que encontró a su alcance fue el «astro» de la serie, Harry Stern. El actor era un tipo bien parecido y frío que le miró de arriba abajo antes de admitir el diálogo.

—De modo que policía —rezongó—. Ya imaginaba que aparecerían ustedes por aquí.

—Acabo de hablar con Raoul Hendrickson. Me ha autorizado a interrogar al personal que estuvo trabajando con Coral Miller, de modo que espero no ofrezca usted dificultades.

—¿Por qué habría de ofrecerlas? Yo mismo deseé retorcerle el pescuezo a esa dama más de una vez.

—Empiezo a darme cuenta que no gozaba de muchas simpatías entre sus compañeros de trabajo. ¿A qué es debido, señor Stern?

—Bien, ella creía que estábamos todos a su exclusivo servicio. Debíamos adaptarnos a sus caprichos, fueran éstos los que fueran...

—Póngame un ejemplo.

El actor le miró. Tenía unos ojos claros e inteligentes y parecía

saber muy bien qué debía decir y qué no. No obstante, la mención de Coral Miller era evidente que le sacaba de quicio.

—Un ejemplo, ¿eh? —rezongó—. Tenemos uno excelente en el último rodaje. Nos habíamos concentrado a las ocho de la mañana para prepararnos y comenzar el trabajo a las nueve. Bueno, la dama llegó exactamente a las diez menos cuarto.

—¿Y...?

—Toda la explicación que dio fue que se había dormido... luego nos enteramos de que podía ser cierto, teniendo en cuenta que pasó una noche un tanto agitada.

—¿Agitada? —repitió Durham con calma.

—Ajá. Concedió la noche libre a su sirvienta. Todos sabíamos lo que eso quería decir.

—¿Visita íntima?

—Ajá.

—Comprendo. Naturalmente, usted no sabrá quién fue el afortunado, ¿no es así?

—Pudo ser cualquiera... Yo mismo pasé por esa experiencia hace algún tiempo...

—¿Cuánto?

—Cinco o seis meses quizá... Siga usted investigando alrededor de ella y descubrirá que Coral fue un ser insaciable en ese aspecto.

—¿De veras?

Stern le miró con un brillo peligroso en sus ojos claros.

—¿Está burlándose de mí, teniente? —Gruñó.

—En absoluto, pero sus informes, además de servirme de bien poco, no son una novedad para mí. He oído contar esas historias de la gente de Hollywood tantas veces que ya no las oigo.

El actor se encogió de hombros.

—No pretenderá que, además de cine y televisión, con todo lo que eso trae consigo, nos ocupemos también del aspecto moral de la vida.

—No, imagino que eso sería pedir demasiado. Veamos, ¿quién le sustituyó a usted en el afecto de la Miller? Porque supongo que hubo un sustituto...

—Oh, seguro, siempre había un sustituto... o varios. Ya le he dicho que Coral fue una mujer insaciable, y no sólo en el aspecto amoroso.

—Siga.

—Creo que ya le he dicho bastante... me disgustaría verme metido en dios a cansa de tener la lengua demasiado suelta.

—Puede verse metido en dificultades si se calla lo que sabe, y espero que no tome esto como una bravata. ¿Quién le sustituyó a usted, Stern?

—Un tal Byers, pintor de cierto éxito. Ése duró bastante —añadió con forzado sarcasmo—. Pero no pudo resistir la competencia con una especie de hércules que surgió de repente en la vida de Coral, cegándola por completo.

—Ese individuo tendría un nombre.

—Aparece en todos los periódicos; Bannion; La deslumbró. Es un hombre de aspecto asombroso, y le rodea una aureola de misterio y aventura que volvió loca a Coral... aunque presumo que eso ya lo sabe usted.

—Sí, he hablado con Max Bannion. Tengo entendido que él la despidió con muy poca amabilidad.

—Eso es decirlo suavemente.

Durham encendió otro cigarrillo. Sé dijo que estaba fumando demasiado de un tiempo a esta parte. Habría que hacer algo al respecto.

—Pasemos a otro aspecto del asunto —dijo con un esfuerzo, librándose de sus preocupaciones—. ¿Cómo queda ahora su trabajo?

—Muy mal por el momento. La «serié», o lo que había rodado de la misma, no sirve para maldita la cosa.

—Pero pueden empezarla de nuevo con otra estrella, digo yo.

—No lo harán.

—¿Por qué?

Stern suspiró.

—No debería decir eso siendo yo el protagonista, pero le confieso que también estaba harto de la maldita «serie». Era un «churro» terrible.

—¿Mala?

—Peor.

—Entonces, ¿por qué la iniciaron?

—Cosas de «Producción». Engatusaron a un patrocinador un tanto ingenuo y creyeron que podrían ganar un puñado de dinero

fácilmente. Sólo que el hombre empezaba a darse cuenta del desastre que se disponía a comprar, ¿entiende? Creo que aunque la «serie» se hubiese terminada las cosas no hubieran sido mejores para la «Mundial».

—Ya veo...

—Y ahora, si ha terminado conmigo, me gustaría largarme. Esto es muy aburrido sin nada que hacer.

—Antes de irse, ¿quién cree usted que ocupó el corazón de la Miller, después que Bannion la echó a un lado?

—No tengo la menor idea. Quizá nadie...

—Una última pregunta y le dejaré en paz. ¿Qué ha querido decir antes, con eso de que era una mujer voraz, insaciable, no sólo en el aspecto amoroso? Creo que éstas han sido sus palabras poco más o menos.

Por primera vez, el actor se mostró reacio a contestar. No obstante, tras el titubeo, dijo:

—Coral, además de insaciable en ese aspecto, era ambiciosa hasta la exageración. Un dólar, para ella, era una meta que había que alcanzar a cualquier precio. No digamos cuando se trataba de centenares... o de miles.

—¿Le sacó mucho a usted?

Nueva vacilación. Luego...

—Al principio, sí, bastante. Y lo mismo puedo decir de los demás. Tal vez con alguno fue diferente, pero lo dudo. Su única meta era reunir cuanto más dinero fuera posible en el menor tiempo.

Durham asimiló ese dato pacientemente, pero viendo que el actor hacía un ademán de disgusto se apresuró a autorizarle para que se fuera.

Al quedar solo en la sala de reuniones, Durham encendió otro cigarrillo con la punta del anterior. Suspiró. No había adelantado mucho por aquel lado.

Entonces se sorprendió al pensar que le hubiera gustado conocer personalmente a Coral Miller... debía haber sido una mujer interesante a pesar de todo.

CAPÍTULO VII

May miró hacia la terraza y luego sacudió la cabeza.

—Esta tarde no, Max —dijo—. No tienes al destino.

—No lo intentarán por segunda vez tan pronto. ¿Por qué quedarnos aquí dentro? Ahí fuera corre el aire, y es maravilloso ver encenderse las luces de la ciudad, allá abajo.

—Aun así, prefiero quedarme aquí dentro.

El suspiró.

—Tienes miedo —dijo.

—No voy a negarlo porque es cierto.

Max rechinó los dientes.

—Sólo por eso le aplastaré la cabeza a ese reptil cuando pueda ponerle la mano encima.

Ella le rodeó el cuello con sus brazos. Se miraron un largo momento en silencio y de pronto May sonrió.

—Ya sé que es ridículo, pero temo que pueda sucederte algo, Max. Esos otros crímenes han puesto mis nervios fuera de combate.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Tras una pausa, Max gruñó:

—Escucha, Coral fue asesinada por alguien que cobró por hacerlo... o por lo menos, que esperaba cobrar. Sólo que le pagaron con plomo. Eso está fuera de toda duda.

Después, el hombre que había contratado al asesino regresó al escenario de su crimen mezclándose con los curiosos que se reunieron ahí, en la calle, y aprovechó cualquier momento favorable para arrojar la pistola por encima de la cerca. Eso terminó con el asunto por lo que a esas muertes concierne.

—Pero la pistola era tuya...

—Tú sabes la cantidad de gente que ha desfilado por esta casa

desde mi regreso. Cualquiera de ellos pudo tener la oportunidad de robármela.

May suspiró.

—Eres excesivamente confiado, cariño —dijo solamente.

—Si lo fuera estaría muerto haría mucho tiempo. Lo único que me inquieta es tu seguridad ahora. ¿Estás segura que no quieres salir a la terraza?

—No, sería provocar al destino. Y, Max... esta noche preferiría no salir a cenar fuera. Podemos arreglarnos aquí con lo que hay en la nevera.

El hizo una mueca de disgusto.

—Había pensado llevarte al «Embassador».

—¿A ese antro?

—Era sólo una idea.

Ella le besó fugazmente en los labios.

—Nos quedaremos aquí —dijo—. Yo me ocuparé de que no te quede tiempo para aburrirte...

Max se disponía a contestar cuando el teléfono emitió sus cortos timbrazos con insistencia. El lo descolgó con cierto disgusto.

—Bannion al habla —anunció.

—Escuche con atención —dijo una voz neutra, forzada—. Sé que ella le confió el negocio. No le conviene seguir con él, Bannion, si quiere conservar la salud...

Por otra parte, sería lamentable que esa bella dama que está ahí sufriera por su culpa, ¿no cree?

—¿Quién diablos es usted y qué quiere?

—Lo sabe. Ella tenía un buen escondrijo. Ahora sólo queda usted con ese conocimiento, pero a mí me interesa mucho averiguarlo también. ¿Entiende?

—¡Ni una maldita palabra!

—Lamentable... Lo de anoche no fue más que un aviso. La próxima vez, una bala mal dirigida puede dar contra la carne de su amiguita y entonces será demasiado tarde para lamentaciones.

Max sintió cómo sus nervios se ponían tirantes ante la amenaza dirigida a May.

—Escúcheme usted a mí, hijo de perra...

—Volveré a llamarle.

Sonó un chasquido y tras un titubeo Max depositó el auricular

en el soporte, pensativo. Junto a él, May inquirió:

—¿Quién era, amor?

—No lo sé... pero me gustaría mucho saberlo. Además, creo que entiendo esa clase de acertijo. Coral sigue complicando las cosas incluso después de muerta.

—No comprendo, Max...

Como si no hubiera oído su voz, él prosiguió hablando como para sí:

—La culpa la tienen los reporteros al presentarme como si yo hubiera sido el confidente de Coral. Cualquiera supondría que ella me reveló todos sus secretos...

—¿Y no fue así?

El la miró distraídamente.

—Sólo en parte, era demasiado astuta para hacerlo.

Pero hay alguien en alguna parte que no lo cree. Es el tipo que disparó anoche... o que mandó disparar. Ahora me explico que fallaran un blanco tan fácil. Tan sólo fue una advertencia.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Esperar a que ese granuja me llame otra vez. Entonces le seguiré el juego.

Tras una pausa, May suspiró:

—¿Por qué ha tenido que suceder todo esto, Max, precisamente ahora?

—Uno no puede eludir ciertos acontecimientos, nena, y yo menos que nadie.

Fue así como cenaron en casa, y después se sentaron en el interior, a oscuras para evitar tentaciones al tirador apostado. En la oscuridad, abrazados en el diván, permanecieron en silencio hasta que el reloj señaló las once y dos minutos, hora en que el teléfono cobró vida de nuevo.

Max lo descolgó con forzada calma.

—¿Sí?

—¿Bannion?

—Seguro, bastardo. ¿Qué más se le ha ocurrido ahora?

—¿Ha pensado en lo que le dije?

—No he hecho otra cosa desde que cortó usted la comunicación.

—¿Y qué ha decidido?

—Primero, veamos qué gano yo si sigo sus instrucciones.

—Nada, excepción hecha de la vida de su bella amiga. Usted conoce el escondrijo. Todo lo que tiene que hacer es revelármelo a mí y permanecer quieto.

—¿Y si lo hago nos dejará en paz?

—Por supuesto.

—¿Y sabe usted también qué contiene ese escondite?

—Tanto como pueda saberlo usted. ¿Y bien?

Max se movió, furioso por no haber podido arrancar el secreto a aquel hombre.

—Supongo —dijo, siguiendo su corazonada—, que ella le sacó a usted un buen puñado de billetes, ¿eh?

—Usted lo ha dicho. Por lo tanto, todo lo que quiero es asegurarme de que nadie más seguirá sangrándome de ahora en adelante.

Esas palabras confirmaron a Max que lo que sospechaba era cierto. En consecuencia dijo:

—¿Qué tenía ella contra usted?

—Eso no importa.

—Yo podría buscar eso que tanto le inquieta y...

—¡Basta ya! —estalló la voz—. ¿Dónde, Bannion?

Éste suspiró de modo ruidoso, como dándose por vencido.

—Lo tengo yo todo.

—Eso ya lo imaginaba. ¿Dónde? —repitió el desconocido.

—En mi casa... en la caja fuerte.

Oyó una exclamación de disgusto. Luego, la voz cobró nueva vida.

—Está bien, lo sacará usted todo, lo meterá en un sobre de papel fuerte. Nosotros nos encargaremos de venir a buscarlo.

—¿No temen que les esté esperando?

—Seguro que nos esperará, y cualquier tontería suya será la sentencia contra la chica.

Cada amenaza que oía dirigida a May alteraba un poco más sus nervios, enfureciéndole.

—Está bien... no creo que tenga otra alternativa. ¿Cuándo vendrán a buscar ese sobre?

—No esperará que se lo diga por adelantado. En cualquier momento estaremos ahí, ¿ha comprendido? En cualquier momento. Usted límitese a preparar el sobre, es todo lo que tiene que hacer.

Soltó un gruñido de asentimiento. Luego colgó y masculló entre dientes:

—Chantajé, de eso se trata.

—¿Qué?

—Coral extorsionaba a alguien... quizá a más de uno. Ahora, ese tipo cree que yo poseo lo que ella tenía contra él porque los periódicos han dicho que yo fui el confidente de Coral...

—Entonces, Más, debieron matarla a causa de eso. Alguien no quiso pagar.

—No lo creo...

—Pero, Max, querido, opino que no caben dudas sobre eso...

—Ninguna de sus víctimas, suponiendo que fueran varias, la habría matado sin obligarla primero a revelar el escondite de los documentos, o fotografías, o lo que sea que poseía. Y no sólo no hicieron nada de eso, sino que ni siquiera registraron la casa. El criminal entró, la mató y se fue, nada más.

—Y suponiendo que eso sea cierto, es tarea para la policía... Debes llamarlos, y contarles todo, incluidos los tiros de anoche.

—Lo haré cuando llegue el momento. De momento, trataré de entendérmelas con ese pájaro personalmente. Trae uno de esos periódicos viejos, ¿quieres?

Él se dirigió a un escritorio del fondo y volvió con un gran sobre blanco. Luego, procedió a recortar algunos trozos del periódico hasta formar un regular montoncito. Tras esto, los plegó y unos segundos después estaban dentro del sobre y éste era cerrado con todo cuidado.

—Ya sólo nos queda esperar —dijo—. Después de todo, querida mía, tendrás que preparar esa cena de que hablabas antes...

Volvió a apagar las luces besó a la muchacha para darle ánimos, y tras depositar el sobre encuna de una mesita, dijo:

—Pensándolo bien, es preferible que no te quedes en la cocina. Tiene una puerta que da al jardín. Iré a cerrar y aseguraré también las ventanas y tú te quedarás aquí hasta que yo te indique que te metas en tu dormitorio, ¿entendido?

—¿Crees que vendrán esta noche?

—Tal vez no. Ese fulano parece saber lo que se lleva entre manos, y si es así prolongarán la espera lo suficiente para quebrantar mi posible resistencia. Incluso es posible que vuelva a

telefonear para completar su obra, pero haga lo que haga, me encontrará esperándolo.

Sin esperar comentario alguno, se dirigió a la cocina, siempre a oscuras, y aseguró la puerta. Después revisó las ventanas una por una, y hecho esto se reunió con la muchacha.

Sintió la presión de los dedos de ella en su mano. La atrajo hacia sí y la besó larga y apasionadamente. Luego susurró:

—Terminaré con esto cuanto antes, amor, y entonces las noches nos pertenecerán por entero...

Ella se abandonó en sus brazos, de manera casi fatalista. Pero se sintió segura en ellos y al fin dejó de preocuparse y ya sólo pensó en su amor y se sintió feliz.

CAPÍTULO VIII

Se movió con infinito cuidado, dejando que la cabeza de May reposara en el respaldo del diván y la contempló un instante dormida. Una vez más, experimentó un extraordinario sentimiento de ternura por aquella mujer, cuya vida, en cierto modo, él había contribuido a modelar, arrancándola casi violentamente del ambiente en que estaba hundiéndose...

Se levantó con cuidado y salió a la terraza. La noche era clara y no soplaba ni un asomo de aire. Todo estaba quieto a su alrededor, envuelto en un silencio completo. A lo lejos, como un manto tendido a sus pies, los millones de luces de la ciudad se extendían hasta el infinito, salpicadas de colores que eran como estrellas relampagueantes. Max se colocó a un lado de la puerta y sentándose en el suelo siguió esperando.

Cualquier otro hombre en su lugar habría sido víctima de sus nervios a causa de aquella espera capaz de enervar a otro menos acostumbrado a la inmovilidad nocturna en emboscadas, asaltos y golpes de mano.

Transcurrió tanto tiempo que llegó a pensar que aquella noche ya no sucedería nada. No obstante, al fin oyó un leve roce en el jardín. Podía haber sido producido por cualquier bicho inquieto, quizá un lagarto. Pero su experimentado oído le reveló que se trataba de un pie humano que había hecho rodar un pequeño guijarro.

Se incorporó lentamente, mientras su mano empuñaba el «Colt-Cobra». Se deslizó como una sombra detrás de una tumbona, mientras en el jardín alguien se movía cautelosamente.

Pronto los vio. Eran dos. Sus siluetas le revelaron que se trataba de tipos altos y fuertes. Avanzaban despacio, asegurándose dónde

ponían los pies antes de dar el siguiente paso. Vio también el brillo opaco de sus armas empuñadas y apretó los dientes.

Las sombras se detuvieron al pie de los escalones. Una voz hecha susurro masculló:

—No me gusta eso... demasiado tranquilo.

—El tipo debe haberse largado de aquí —le respondió el otro—. Benny dijo que lo había asustado.

Subieron despacio, moviéndose como gatos. Se detuvieron nuevamente al pisar la terraza. Entonces, Mas se levantó en silencio y ordenó:

—¡Suelten las armas y no se muevan!

Se quedaron quietos, paralizados de estupor. Luego, uno de ellos empezó a volverse, pero se inmovilizó otra vez cuando oyó el seco chasquido del percutor de su revólver al ser montado.

—Hay un revólver apuntándoles, camaradas —les advirtió Max con sorna—. Suelten sus armas.

Dos golpes secos sobre la madera anunciaron que la orden había sido obedecida. Sólo entonces Max avanzó hasta colocarse a espaldas de los dos hombres. Sin previo aviso, sin que su respiración se agitara, descargó un tremendo culatazo contra la nuca del que tenía más cerca. El hombre se desplomó hacia adelante como un fardo, ante el atemorizado estupor del otro.

—Es difícil vigilar a dos prisioneros a la vez —dijo Max en voz baja—. Tú, recoge a tu compinche y éntralo en la casa. Vamos a celebrar una conferencia...

El entró detrás del otro y al cruzar el umbral encendió la luz. En el diván, May abrió los ojos y miró a su alrededor un poco aturdida. Sus ojos se llenaron de miedo cuando vio al grupo, pero Max se apresuró a explicar:

—Todo va bien, querida. Ahora es cuando te vas a tu cuarto... mientras yo dialogo con ese personaje.

Sin una palabra, la muchacha obedeció, desapareciendo en un instante. Entonces el aventurero le sonrió fríamente a su prisionero.

—Vas a pasarlo muy mal, camarada —le espetó—. Benny debió advertirte de los riesgos que ibas a correr.

—El dijo que usted estaba demasiado asustado para resistirse... Claro que él no le conoce a usted...

Lo dijo mirando al aventurero con evidente inquietud. No

parecían gustarle las poderosas espaldas ni el cuello de toro, ni aquellas manos grandes y duras, ni el corto revólver que apuntaba fatídicamente a su estómago.

—Le aseguro que esto no era nada personal —balbuceó.

Max esbozó una sonrisa.

—Podría decirte lo mismo cuando te rompa la cabeza, pero no perderé el tiempo. ¿Quién es Benny?

No hubo respuesta. El hombre tenía la frente perlada de sudor y sus ojos asustados miraban a su alrededor buscando una ayuda que no podía recibir. Max formuló de nuevo la pregunta y el tipo se estremeció.

—Benny Rourke —dijo con voz ahogada—. Quizá ha oído hablar de él alguna vez.

—En todo caso, no es ninguna de mis amistades. ¿Dónde está esperando que le lleves el sobre?

—En su casa de Santa Mónica...

—Eres un tipo bastante razonable —comentó Max, balanceando el revólver—. ¿Cuántos especímenes como tú hay allí?

—Benny está solo, esperándonos.

—No estarás intentando engañarme, ¿verdad, muchacho? Eso sería muy malo para ti.

—Le aseguro que le digo la verdad. Sé cuándo estoy vencido.

—Okay, voy a creerte. Iremos a llevarle el sobre al amigo Benny para que no se impacienta.

—¿Qué?

—Le llevaremos el sobre —repitió Max pacientemente—. Supongo que tienes un coche abajo, a juzgar por la dirección en que habéis llegado. Tú conducirás. ¡May!

La muchacha apareció al instante. Él le dedicó una sonrisa afectuosa y señaló al pistolero.

—Este amigo y yo vamos a dar un paseo, querida. Afuera, en la terraza, encontrarás dos pistolas. Recógelas y guárdalas hasta que yo vuelva. Mi colección se verá enriquecida con esos ejemplares.

—¿Estás seguro que todo va bien, Max?

—Completamente.

—¿Y ése? No pensarás dejarlo aquí —preguntó, señalando al inconsciente pistolero que seguía tirado en el suelo.

—No me fiaría mucho de él si lo dejaba en tu turbadora

compañía, amor. No, el camarada se lo cargará al hombro y lo llevaremos con nosotros. Vamos, ya has oído.

El pistolero se movió con evidente desgana, pero hizo lo que le ordenaban y segundos después la comitiva descendía por los artísticos senderos de piedra que adornaban el jardín, hacia la parte baja.

El coche era un «Buick» negro. Max instaló al pistolero desvanecido en el asiento delantero, al lado del otro que era quien iba a conducir, mientras él se acomodaba en el asiento trasero, siempre con el revólver empuñado.

—En marcha, amigo. Y recuerda que tienes un revólver apuntando a tu nuca.

No hubo dificultad alguna en todo el recorrido. Max estaba preguntándose a qué sería debida tanta suerte cuando el conductor dijo:

—Si Benny me hubiera dicho con la clase de tipo que teníamos que enfrentarnos jamás hubiera aceptado el trato...

—Hay que correr algún riesgo de vez en cuando —fue el burlón comentario—. A propósito, ¿qué clase de negocios maneja el amigo Benny?

—Tiene un *cabaret*, y un hotel en la costa.

—¿Y no dispone de gente de confianza para ese trabajo que te encargó?

—No me pregunte lo que ignoro. Supongo que habrá un par de matones en el *cabaret*...

—Sí, supongo que un tugarío de éstos sin sus matones perdería todo su atractivo.

—Está usted burlándose —se quejó el fracasado pistolero—. Puede hacerlo... tiene el revólver en la mano. Yo también gallearía en su puesto.

El otro empezó a rebullir. Gimió, balanceándose en el asiento. Su compinche le sostuvo cuando se inclinó peligrosamente sobre el tablier. Luego, lo empujó con rudeza para que quedase apoyado contra la portezuela.

—Aconséjale que se esté quieto —ordenó Max—. No creo que su cabezota resistiera un nuevo culatazo...

El tipo ladeó la cabeza tratando de verle en la oscuridad del interior del auto. No necesitó consejos para adoptar una actitud

neutral, de modo que siguió quieto, gimiendo de vez en cuando y acariciándose la nuca con amoroso cuidado.

Max vio que el coche maniobraba para estacionarse ante una casa de tres plantas. Sólo había una ventana iluminada en la planta baja.

—¿Quién más vive ahí?

—Nadie, excepto Benny. La casa es suya.

—Ya... Andando, no le hagamos esperar.

Los dos pistoleros anduvieron sumisamente ante el revólver. El que había conducido el coche extrajo una llave del bolsillo, abrió la puerta y entraron en fila india. Una voz profunda, en alguna parte, preguntó:

—¿Todo bien, Burk?

—Respóndele que sí, Burk —aconsejó Max, presionando la espalda del pistolero que tenía más cerca con el revólver.

Más fue el otro quien dijo:

—Yo soy Burk.

—Muy bien, dile a Benny que todo va bien.

—¡No ha habido dificultad, Benny...!

Avanzaron en la semipenumbra hasta detenerse ante una puerta cerrada. Burk la abrió y entró seguido de los otros dos.

El hombre que aguardaba en la estancia se levantó de un brinco de la butaca donde había estado sentado. Miró con ojos muy abiertos a la comitiva y perdió la respiración al fijarse en aquel gigante que empujaba a sus dos perros de presa con un revólver que apenas si se veía dentro de la curtida manaza.

—Hola, Benny —gruñó Max, deteniéndose.

Los ojos del aludido fulminaron a los dos fracasados pistoleros. Luego volvieron a clavarse en el aventurero y fue evidente que tampoco a él le entusiasmaba lo más mínimo su formidable aspecto.

Max habló como si estuviera en una reunión de amigos.

—He pensado que debíamos conocernos usted y yo, Benny... sólo para que no hubiese errores por ninguna de las partes. ¿Qué va a hacer con esta pareja? No creo que sea necesario soportarlos mientras charlamos...

Por primera vez, Benny Rourke se acordó que tenía voz y dijo, con los dientes apretados:

—Opino que deben permanecer aquí. Usted es Bannion,

supongo.

—Una suposición acertada. Sí, soy Max Bannion. Usted ha estado hablando conmigo por teléfono, excitando mi curiosidad por conocerle. Además, ha vertido ciertas amenazas contra una muchacha... y eso es lo que va usted a pagar, hijo de perra.

—Escuche...

—Más tarde. Yo podía haber pasado por alto el susto de los balazos. Me han disparado muchos a lo largo de mi vida. Incluso pude haber encajado sus amenazas telefónicas sin pestañear... si hubiesen sido dirigidas a mí personalmente. Bueno, usted lo estropeó al amenazar a la bella dama, según sus propias palabras.

—Creí que... que así cedería usted más fácilmente, pero... pero yo no pensaba hacerle ningún daño. Todo lo que quería eran esos papeles.

—¿Qué papeles?

—Usted debe saberlo muy bien, puesto que ella no tuvo secretos para usted.

—No haga mucho caso de lo que digan los periódicos, Benny —le recomendó con descarada burla—. El caso es que ignoro a qué papeles se refiere usted. Como también ignoro por qué Coral los tenía, aunque supongo que ella estaba exprimiéndole como un limón...

—Quinientos dólares cada mes... estuve pagando durante más de un año —confesó rechinando los dientes.

—Lo cual hace que ella se embolsara más de cinco mil dólares de usted... Una buena aportación, especialmente si no era única.

—¿Única? Había muchos más en las mismas condiciones.

Max perdió las ganas de seguir burlándose del tahúr. La revelación de las mañas de Coral, de la misma mujer por quien había perdido la cabeza, le amargó de repente.

—Ahora empiezo a comprender esto —masculló—. Usted se proponía continuar con el negocio, ¿no es cierto, Benny? Por teléfono exigió todo el contenido del escondrijo... sólo que yo no tenía la menor idea de él ni de nada semejante.

—¿Y qué va a hacer ahora? No puede acusarme porque no tiene ni una prueba contra mí. Todo lo que he hecho ha sido enviar a dos amigos míos a buscar un sobre a su casa... ¿Se da cuenta?

—Lo malo para usted, Benny, es que no se da cuenta de las

circunstancias... Yo no necesito acusarlo ante la ley ni recurrir a ningún formulismo para ajustarle las cuentas. Sólo por el mal rato que ha hecho pasar usted a May merece que le descuartice.

Benny Rourke retrocedió cuando Max dio unos pasos hacia él. Vio el brillo relampagueante de aquellos ojos, captó la extraordinaria dureza de la mirada y comprendió que tenía ante sí a un enemigo duro e implacable, y él no estaba entrenado para habérselas con semejante enemigo.

—Mire —dijo apresuradamente—, podemos llegar a un acuerdo. Le pagaré por las molestias que le he cansado...

—Rourke, es usted la rata más repugnante con que he tropezado en mi vida.

—Le juro que no había nada personal en eso, Bannion...

—Lo mismo ha dicho antes el camarada Burk.

Echó un vistazo a los dos pistoleros. Eran como dos estatuas colocadas a un lado de la estancia. Sólo sus ojos tenían movimiento e iban de Benny al gigante y de éste a Benny con insistencia. El que recibiera el culatazo se había repuesto ya y su cara estaba pálida de rabia, impotente.

Max sonrió.

—Debió elegir otros colaboradores para un trabajo como éste, Benny —comentó casi amistosamente.

Entonces se guardó el revólver. Fue un gesto de desafío, una provocación consciente e intencionada. Se dirigió hacia el dueño de la casa con los puños cerrados dispuesto a cumplir lo que prometiera.

Aquél fue el instante elegido por los pistoleros para saltarle encima.

CAPÍTULO IX

Casi lograron pillarle de sorpresa, porque lo cierto es que él había dado por sentado que no le atacarían hasta que Benny se lo ordenara.

Los dos cayeron sobre él a la vez, volteando los puños como aspas de molino. Benny gritó:

—¡Duro con él, Burk!

Max encajó un duro trallazo que le hizo bambolear la cabeza. La voz del tahúr chilló:

—¡Mil dólares al que lo derribe!

Max soltó un juramento. Fugazmente, vio el rostro de Burk ante él y disparó su puño derecho, duro como una roca. Hubo un impacto espeluznante y la cara estalló en sangre, mientras el pistolero volaba igual que lanzado por una catapulta. No paró en su recorrido hasta que se estrelló contra la mesa.

Entonces se ocupó del otro, que se había aferrado a su cuello como una lapa. Consiguió agarrarlo por los cabellos y tiró furiosamente. El hombre gritó de dolor y soltó su presa. Ése fue también su error, porque entonces unos brazos de acero lo levantaron en vilo y se sintió elevar, y luego un terrible impulso lo lanzó al aire, recto hacia la ventana.

Hubo una explosión de cristales astillados, un alarido vibrante con todo el dolor del mundo y el pistolero desapareció junto con la destrozada ventana.

Burk, con la nariz aplastada y la mitad de los dientes aflojados por el impacto recibido, avanzó escupiendo sangre y maldiciones. Sus ojos tenían una expresión velada, pero estaba dispuesto a ganarse los mil dólares a toda costa.

Todo lo que consiguió fue un golpe en la barriga que se le antojó

la cox de un mulo del ejército. Boqueó, doblándose hacia adelante, de modo que su mentón presentó un desafío que un hombre como Max no podía resistir. Su puño subió de abajo arriba como un cohete. Sonó un chasquido cuando el golpe hizo diana en aquel punto preciso y Burk notó que sus pies perdían contacto con el suelo. Luego ya no notó nada, porque cuando rebotó contra la pared y se desplomó estaba inconsciente.

—Max miró a su alrededor como si buscara nuevos enemigos a quienes machacar. Estaba excitado por la lucha y necesitó irnos segundos para recobrarle. Entonces le sonrió como un lobo al acurrucado Rourke, que había contemplado la derrota de sus hombres con creciente estupor.

—Bueno, Benny, ahora podemos discutir tú y yo —masculló, avanzando hacia el tahúr.

—¡Espere!

—¿Por qué? Todo lo que me resta por hacer es darte tu merecido. Luego podré largarme en paz.

—¡Le he dicho que podíamos llegar a un acuerdo... le pagaré!

—No con la clase de moneda que ofreces..., pero quizá haya algo que pueda evitar que te arranque la piel a tiras.

—Sí, sí, lo que quiera...

La visión de lo sucedido a sus hombres había convertido a Rourke en una masa temblequeante y asustada. Max se detuvo a dos pasos de él y gruñó:

—Has dicho que Coral se dedicaba a chantajear a varios individuos, incluyéndote a ti...

—Es la verdad.

—No lo dudo. Sólo que ella murió a manos de un asesino contratado por alguien... alguien que no se atrevió a realizar el trabajo por sí mismo. Y tú, Benny, has alquilado a dos pistoleros también para que me dieran un susto. Es el mismo método.

El tahúr se retorció las manos con desesperación.

—¡Yo no tuve nada que ver con la muerte de aquella zorra! —aulló—. Alguien se cansó de pagar, ¿no quiere comprenderlo? Había hombres influyentes entre las víctimas de Coral... ella sabía explotar bien las debilidades ajenas...

—Tú te cansaste de pagar, Benny... tienes las mismas razones que otro cualquiera de esos a quienes te has referido.

—¡Pero si no lo hice! ¿No quiere comprenderlo?

—Convénceme... háblame de ella y de lo que tenía contra ti.

—¿Y ponerme en sus manos? —rezongó—. No lo haré... estoy dispuesto a decirle lo que quiera saber de ella, pero no le revelaré qué clase de papeles tenía contra mí.

Max suspiró, como si aquello le contrariase mucho.

—En ese caso... —empezó.

—¡Espere!

Benny retrocedió los dos pasos que Bannion dio hacia adelante. Cuando llegó a la conclusión de que todavía no iba a ser golpeado, dijo apresuradamente:

—Está cometiendo un error, Bannion. Había otros hombres en la lista de Coral... Pregúntele a Stern cuánto le sacaba a él, y a Burman, y al gordo...

—Un momento, Benny... ¿Te refieres a Harry Stern, el actor?

—¿Y a quién sino? Claro que a él. Y al gordo... Hendrickson...

—¿También a él?

—Seguro... ella misma me lo dijo, jactándose de lo lista que era y del dinero que iba a reunir en poco tiempo, suficiente para retirarse a vivir con comodidad... Ella sabía que no era una gran actriz precisamente.

Si conseguía algún papel de mediana importancia era gracias a las presiones que ejercía sobre las personas adecuadas... hasta que Hendrickson le proporcionó la cabecera en una «serie». Eso hizo que sus codiciosas garras se mantuvieran quietas por un tiempo..., pero ni con esa serie hubiera llegado muy lejos como «estrella». Le faltaba talento para eso. Todo lo gastaba para satisfacer su avaricia.

—Parece que la conociste muy bien, Benny.

Éste le miró, esperanzado al ver que por el momento no había peligro de ser golpeado.

—Tan bien como un hombre podía llegar a conocerla.

Max hizo una mueca, como si acabara de morder algo particularmente amargo.

—Sí, supongo que sí —dijo entre dientes—. Ella no debió oponer muchas dificultades.

El tahúr se abstuvo de replicar. Pensó que si conseguía que Max siguiera pensando en la mujer muerta quizá pudiera librarse de la paliza que se cernía sobre él.

Entonces, repentinamente, el peligroso visitante le espetó:

—¿Cuándo la viste por última vez, Benny? Y no me mientas.

—Ella vino a mi club, hace una semana. Aquella noche fue la última que la vi.

—¿Quién la acompañaba?

—Un tipo al que no había visto nunca, muy joven... demasiado joven para que ella lo echara a perder.

—Tal vez ya estuviera estropeado.

Max se dijo que ella no había perdido el tiempo. Incluso era posible que, para cuando él la arrojó de su lado, ya tuviera un sustituto en perspectiva. ¡Qué estúpido había sido!

De repente se sintió fastidiado por todo aquello, por la sordidez que estaba descubriendo con relación a Coral, asqueado de haber mantenido relaciones con ella, cansado de hacer preguntas y enterarse de cosas desagradables... casi deseó no haber obligado a Benny a hablar, si bien es verdad que el tahúr no había ofrecido mucha resistencia...

Tras un gruñido de disgusto masculló:

—Si no fuera por tus amenazas contra May, Benny, casi podría sentir cierta simpatía por ti...

—Le juro que fue una bravata... no pensé ni por un momento en hacerle el menor daño.

Le miró ominosamente. Benny sintió un escalofrío. Y la siguiente pregunta le desconcertó por completo.

—¿Guardaba las pruebas para su chantaje en su propia casa?

—Siempre lo creí así.

—Entonces es posible que la policía las haya encontrado, en cuyo caso buscará a todos y a cada uno de los que fueron sus víctimas.

—Ya habrían venido si fuera así...

—De todos modos, Benny, vas a pasarlo muy mal. Sólo como despedida...

Benny no supo nunca de dónde había surgido aquel puño como una maza. Sintió el formidable impacto en pleno rostro, manoteó en el aire y acabó desplomándose con gran estrépito contra la mesa. Quedó casi abrazado al otro pistolero inconsciente.

Entonces Max abandonó la casa, se acomodó en el «Buick» y con aquel coche perteneciente al hombre que acababa de golpear

regresó a su domicilio, íntimamente satisfecho de cómo se habían desarrollado los hechos, por cuanto de esta forma quedaba anulada la amenaza que había cernido sobre la adorable cabeza de la mujer que amaba...

CAPÍTULO X

El teniente Durham manoseó el montón de informes que tenía ante sí, sobre la mesa. Después, levantó la cabeza y contempló con cierta irritación al hombrecillo que tenía delante.

—¿Se llama usted Barston, y es el «cámara» de la «serie» que interpretaba Coral Miller?

—Sí, señor. Hasta hace poco no he sabido que usted me andaba buscando para interrogarme.

—Ha tardado usted mucho en enterarse —rezongó el policía—. Pero vayamos al grano. ¿Conoce usted a un individuo llamado Max Bannion?

La pregunta desconcertó al fotógrafo.

—No personalmente —declaró—, aunque he leído mucho sobre él.

—¿Ha estado alguna vez en su casa?

—Le repito que no le conozco personalmente.

—Está bien, dejémoslo. ¿Cómo estaban sus relaciones con la Miller?

—Eran estrictamente profesionales, de modo que si ha pensado usted otra cosa...

—Profesionales... a ésas me refería.

—No puedo decir que fueran muy buenas. Ella creaba continuos conflictos. Quería decirme «a mí» cómo debía enfocarla, qué luz la favorecía y cuál no... Un fastidio.

—Ya veo... Todo el mundo parecía estar resentido con ella por un motivo u otro.

—Unos más otros menos...

El tono de voz del hombrecillo aumentó la irritación del teniente, pero también le intrigó.

—Hábleme de los «más» —gruñó.

—Si ha hablado con el resto de personal que intervenía en el rodaje ya sabrá quiénes la detestaban más cordialmente...

—Le pregunto a usted, Barston.

—Bueno... yo diría que Stern se lleva la palma en ese aspecto. Tuvieron una buena pelotera hace poco, con gritos y todo eso.

—Cuénteme. Stern no me ha dicho una palabra de esto.

—El es un pequeño bastardo, usted sabe... Nos trata a los demás como si debiéramos estar continuamente limpiándole los zapatos. Se considera un astro de primera magnitud...

—¿Y...?

—La verdad es que estaba loco por ella, incluso después que ella le apartó de su vida porque había encontrado a otro más de su gusto. Stern nunca dejó de intentar que las cosas volvieran a ser como antes entre ellos dos. De ahí vino la pelotera.

—Siga hablando... usted me interesa cada vez más, Barston.

—Ya imaginaba que le interesaría todo esto. Bien, la cosa sucedió en el camerino de ella. Sus gritos se oían a una milla de distancia. Oí a Stern como le decía que no se daba por vencido tan fácilmente... que recobraría lo que consideraba suyo le gustase a ella o no, y añadió que en caso contrario le gustaría mucho retorcerle el pescuezo.

—Eso fue lo que dijo, ¿eh?

—Con estas mismas palabras.

—¿Alguien más oyó la discusión?

—Bueno, había un par de electricistas por allí, riéndose al escuchar la bronca.

—De modo que Stern la amenazó...

—Y le aseguro que hablaba muy en serio. Estaba terriblemente furioso.

—¿Cuándo tuvo lugar esa discusión?

—No sé la fecha exacta, pero recuerdo que ella andaba por entonces con ese Bannion por quien me ha preguntado usted. Todas las revistas de Hollywood hablaban de un posible idilio entre ellos.

Durham reflexionó tratando de atar algunos cabos del relato que se le escapaban. Luego masculló:

—¿Volvió a sorprender alguna otra discusión entre la pareja?

—No, señor. Poco después me enteré que el tal Bannion le había

dado el pasaporte a la Miller. Todo el mundo supo que la arrojó de su casa a puntapiés —acabó con evidente placer.

El teniente asintió con un gesto, más a lo que estaba pensando que a las palabras del hombrecillo.

Luego, hizo la misma pregunta que formulaba a cuantos interrogaba, pertenecientes a la plantilla que había estado trabajando con Coral.

—¿Cómo queda ahora el asunto del trabajo, Barston? Supongo que lo que hay rodado hasta este momento no estará en condiciones de ser aprovechado.

—En absoluto. Y le aseguro que nadie, a excepción de la productora, va a lamentarlo. Era un desastre, un descrédito personal para cada uno de nosotros.

—Pero la productora perderá un montón de dinero.

El hombre sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No lo creo —dijo—. Yo sé cómo se realizan estas series. La productora dejará de ganar lo que tenía calculado, pero el seguro la compensará. Nunca se empieza a rodar sin haber suscrito un seguro especial que cubre como mínimo los gastos.

—Comprendo. Me parece una medida muy lógica.

—No conozco la cuantía del que cubría nuestra «serie», pero estoy seguro que habrá suficiente dinero para consolar a Hendrikson y a los accionistas.

Tras un silencio, Durham decidió que por el momento ya tenía suficiente de aquel resentido y envidioso hombrecillo.

—Me ha sido usted muy útil, señor Barston —dijo—. Le llamaré si necesito algo más de usted.

Se estrecharon las manos con forzada cordialidad. Luego, cuando quedó solo, descolgó el teléfono y comunicó con la sala de detectives.

—Escúchame, Ford. Busca a Harry Stern, el actor, y tráelo aquí cuanto antes.

—De acuerdo, teniente.

Colgó, recostó el sillón basculante hacia atrás y se dedicó a reflexionar meticulosamente. Acabó temiendo que el fiscal quisiera meter las narices en el asunto antes que pudiera entregarle por lo menos un indicio tan claro que no ofreciese dudas...

El actor parpadeó nerviosamente ante lo directo de la pregunta.

—Bueno, debí suponer que algún hijo de perra le vendría a usted con la historia —masculló.

—De modo que es cierto que la amenazó —dijo el teniente.

—No voy a negarlo cuando usted ya está seguro... Sí, creo que le dije algunas barbaridades.

—Entre ellas, que le retorcería el cuello.

—Bueno, eso fue una expresión fruto del nerviosismo del momento.

—Y ella murió estrangulada —remachó Durham, impasible—. Lo que puede parecerse mucho a un cuello retorcido.

—Si piensa que la maté yo...

—No voy a negarle que tiene muchas probabilidades de llevarse usted el premio —gruñó el policía—. Sé que hablaba en serio cuando la amenazó, eso, ni usted mismo se atreve a negarlo. No tiene usted una coartada fehaciente para las horas en que se cometieron los crímenes...

—Ahora en plural —se quejó el actor—. ¿A cuántas mujeres se supone que he retorcido el cuello?

—A ninguna. El tipo que buscamos contrató a un asesino para que hiciera el trabajo por él, a fin de que nadie sospechase de su intervención en la muerte de la Miller, pero luego, en lugar de pagar al matarife, le pegó dos tiros. Una manera de ahorrarse el dinero y evitar futuras indiscreciones...

—Ya veo...

—¿Qué amistad le une a usted con Max Bannion?

—¿Bannion?

Stern apretó las mandíbulas.

—Ya me ha oído.

—Ninguna. Todo lo que sé de él lo he leído en los periódicos. Es una especie de salvaje que anda pegando tiros en cualquier parte del mundo donde haya oportunidad. Además, escribe novelas.

Lo pronunció en un tono como si fuera una blasfemia. Durham carraspeó antes de añadir suavemente:

—Y les quita las mujeres a los demás... si son tan hermosas como era Coral Miller. ¿No es eso lo que usted se ha olvidado de

decir?

—No emplee ese tono conmigo, teniente. No tengo nada que ver con el crimen. Por lo demás, ella se equivocó con Bannion... Él le dio un puntapié en una carnosa parte de su anatomía y el asunto terminó.

—No ha respondido a mi pregunta, Stern; ¿conoce usted a Bannion?

—No.

—¿Lo ha visto alguna vez?

—Tropecé con él y Coral una noche, en un club nocturno...

—¿Ha estado alguna vez en su casa?

—Nunca.

—Usted tuvo la disputa con la Miller cuando ella tenía su... digamos *affaire* con Bannion, ¿no es cierto?

—Absolutamente cierto.

—¿Y está seguro que, furioso, no acudió usted a casa de él para hacerle saber lo mismo que le había dicho a ella?

—Usted desvaría. Le repito que jamás he puesto los pies en casa de Bannion. Además, ya le digo que le vi una noche. No es el tipo al que uno iría a insultar a su propia casa, ¿entiende? Puede llegar a ser muy peligroso ese hombre.

—Estoy seguro de que lo es. ¿Qué pasó entre usted y la Miller después de aquella escena?

—Nada más. Un par de días después Bannion la mandó a paseo y ella trató de acercarse de nuevo a mí, supongo que mientras encontraba otro amor «definitivo»...

—¿Y usted la rechazó?

—Bueno... no. Pasamos juntos algunas horas. Luego, ella se marchó, nerviosa como una gata. Tenía algo entre ceja y ceja, o tal vez había una cita con alguien en su propia casa, no lo sé. El caso es que ya no volví a verla.

—¿Qué le hace pensar que tenía una cita en su casa?

—Miraba continuamente el reloj.

—¿A qué hora se separó de usted?

—Algo después de las doce, creo yo.

—Y eso fue la noche anterior a la de su muerte, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

Durham se rascó la mal afeitada barbilla.

—Es curioso —monologó—. Todos los sospechosos sentían ansias de matarla en un momento u otro, todos tuvieron la oportunidad... y sin embargo parece que hay alguien más tras el telón, alguien que todavía no ha asomado la nariz... un hombre misterioso que pudo ser un amante de ella, pero que si fue así varió totalmente las costumbres de la Miller, puesto que lo mantuvo en absoluto secreto...

—No sé nada de ningún hombre misterioso. Lo único que yo sé es que no intervine para nada en esas muertes y que usted me está fastidiando bastante, teniente. ¿Le importaría que me largara de aquí? Tengo una importante cita de negocios.

—Váyase... por el momento.

Se miraron larga y fijamente. Finalmente, el actor abatió la cabeza y abandonó la oficina con paso cansino, cual si hubiera perdido de repente su arrogante seguridad.

Durham vio que en la calle empezaban a encenderse las luces. Dejó escapar un gruñido, se encasquetó el sombrero y abandonó también la oficina.

CAPÍTULO XI

Max sacudió la cabeza con evidente desagrado.

—No es usted una persona muy oportuna, teniente. ¿Qué se le ha ocurrido ahora?

Durham carraspeó. Miró los dos asientos muy juntos, cerca de la mesa, en la semipenumbra de la terraza, las bebidas preparadas; aspiró el perfume que subía del jardín y admiró una vez más el maravilloso panorama de luces que titilaban extendiéndose allá abajo, entre las colinas.

—Es el trabajo quien convierte en inoportuno, Bannion... ¿Le importa que me siente?

—En absoluto.

El policía acercó una cómoda tumbona y se derrumbó en ella con un suspiro.

—Bien —dijo—, cada vez tengo más sospechosos además de usted.

—Es una buena noticia.

—Todos ansiaban liquidar a la Miller... unos por un motivo otros por otro, pero quien menos, deseaba verla colgada de un árbol.

—Imagino que no ha encontrado todavía al que se decidió por fin a realizar su sueño.

—No... todavía no. Pero tengo algunas ideas.

—Está bien, teniente, déjese de jugar al gato y al ratón conmigo. ¿A qué ha venido?

Durham suspiró resignadamente.

—Con usted nunca puede uno llevar las cosas a su modo. Bien, voy a darle algunos nombres y quiero que usted me diga si conoce a cualquier de ellos, y si han estado en esta casa alguna vez. ¿Está

conforme?

—¿Sospecha de alguno de ellos que pudo robar mi pistola?

—Pudiera ser aunque lo dudo mucho. Sólo trato de adquirir la seguridad de que ninguno de los que voy a nombrarle pudo hacerlo. ¿Preparado?

—Dispare.

—Harry Stern.

—¿El actor de televisión?

—El mismo.

—No le conozco personalmente. Y nunca ha estado aquí.

—Ya lo imaginaba... Oiga, ¿dónde está su hermosa amiguita?

—Por ahí anda... Siga con lo suyo, teniente.

—Sí... Barston, un «cámara».

—Desconocido.

—William Atkins, director de la «serie» que Coral Miller estaba rodando. De paso le diré que es un gran admirador suyo, Bannion...

—¿De veras? Siento no conocerlo si es así.

—De modo que tampoco ha estado aquí, ¿eh?

Max sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Tenemos también a Raoul Hendrickson, el magnate de la Mundial. Tampoco sentía ninguna simpatía por Coral Miller... Un hombre alto y gordo, con más dinero del que le conviene para la salud.

—He oído hablar de él a Coral algunas veces. A decir verdad, en una u otra ocasión creo que ella pronunció algunos de esos nombres, al hablar de su trabajo. Pero tampoco conozco a Hendrickson, ni ha visitado jamás mi casa.

Durham suspiró, encendió un cigarrillo y miró tristemente los altos vasos de licor preparados y empañados por el hielo. Max sonrió.

—Tome uno, teniente, aunque esté de servicio. No están envenenados todavía.

—Yo creí que estaban preparados para su amiga.

—Seguro, pero ella se preparará otro cuando salga de la habitación. Beba, y luego váyase al diablo.

—Sí, gracias...

Durham bebió, pero después de engullir la mitad del contenido del vaso siguió sentado en la tumbona, tan preocupado como a su

llegada.

—La pistola lo embrolla todo —masculló entre dientes—. No entiendo cómo fue a parar a manos del criminal... a menos que éste sea alguien de quien ni siquiera hemos oído hablar.

Max se recostó en el respaldo y exhaló una nube de humo que se fundió en la oscuridad que ya reinaba a su alrededor.

Entonces dijo, con una voz carente de expresión:

—¿Sabía usted acaso que Coral, en sus ratos libres, se dedicaba al chantaje, teniente?

—Lo sospechaba.

—Vaya, yo pensaba sorprenderlo...

—No nos crea tan ineptos. He revisado las cuentas de la Miller, tanto en los Bancos como en inversiones.

Después he pedido una lista de sus ingresos a la productora... Bien, las cantidades no cuadran ni forzándolas. Y la diferencia es tan grande que no puede deberse a los regalos en metálico que le hicieran sus distintos «admiradores»...

—Ya veo... una gran diferencia, ¿eh?

—Doscientos siete mil dólares exactamente.

Max dejó escapar un silbido de asombro.

—Una laboriosa hormiguita —comentó entre dientes—. ¿Tiene usted también las fechas de los ingresos?

—Con toda exactitud.

—Entonces, sólo le resta revisar las cuentas de sus sospechosos. Forzosamente deberán acusar las salidas de las cantidades pagadas, si alguno de ellos contribuía a ese fondo benéfico —terminó con sorna.

—También he hecho eso, señor Bannion. Le dije una vez que sabía cuál era mi trabajo... Bueno, casi todos han estado pagándola muy a menudo.

—No yo.

—Usted es la excepción, por supuesto..., pero ninguno de los que podemos considerar víctimas de la Miller tuvo oportunidad de robarle a usted la pistola. Ahí está el nudo gordiano de esta cuestión.

—Córtelo —dijo Max suavemente.

—¿Qué?

—Corte el nudo. Quizá ninguno me la robó.

Durham se enderezó en el asiento.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—He estado pensando mucho sobre este asunto, teniente... y al igual que usted, esa maldita «Magnum» rompe todos los cabos. Pero no es eso solo, ¿sabe usted? Yo también he llegado a pensar que uno de los extorsionados la liquidó, cansado de pagar...

—¿Y ha llegado a alguna conclusión?

—Sólo a una que no nos lleva muy lejos.

—Oigámosla de todos modos.

—Me pregunto por qué, alguien que estaba pagando un chantaje, se atrevió a matarla de repente, sin tratar de recuperar lo que ella poseyera capaz de hacerle soltar los cordones de la bolsa. ¿Entiende? Lo lógico sería que si el móvil del crimen hubiera sido éste, el asesino se hubiera preocupado también de llevarse las pruebas comprometedoras para que ni la policía ni otro posible extorsionador pudiera utilizarlas de nuevo contra él.

—Ya veo...

—No obstante, sabemos seguro que no registraron la casa, no revolvieron nada en absoluto. Sólo la mataron y asunto terminado.

—Lo cual nos lleva a la conclusión de que el móvil fue otro muy distinto.

—Seguramente.

Durham hizo una mueca.

—Eso lo embrolla más todavía, porque introduce un factor nuevo y desconocido del que hasta ahora no tenemos ni idea. Un hombre que todavía no ha aparecido...

—No forzosamente. Puede ser cualquiera de los que ha interrogado hasta ahora.

—Bueno, pero casi todos ellos estaban siendo exprimidos por la Miller. Debían saber que si las pruebas del chantaje eran encontradas se verían en apuros.

—¿Y qué? La misma cantidad de víctima sería el mejor escudo para el criminal, porque evitaría que usted se rompiera los cascos buscando un motivo distinto al del chantaje.

—Ahora creo que hemos llegado a un punto positivo...

La llegada de May interrumpió la frase. Los dos se levantaron. Ella murmuró:

—Oí su voz y pensé que no les gustaría ser interrumpidos,

teniente, pero en vista de que la conversación se hace interminable...

—Por favor, siéntese y disculpe mi intrusión. Sé que pensaban pasar la velada en paz y yo he venido a interrumpirles.

—Eso es algo que sucede con excesiva frecuencia de unos días a esta parte —rió Max—. Tendrás que preparar otra bebida para ti, cariño. Ese polizonte se ha incautado de tu vaso.

—No importa... ¿Por qué están a oscuras? Me dijiste que ya no...

—Se interrumpió abruptamente. Durham levantó la cabeza, pero la voz en calma de Max dijo:

—Sólo pereza de levantamos. ¿Quieres encenderla, linda?

Cuando la luz brilló, haciendo parpadear al teniente, éste pegó un respingo porque distinguió perfectamente el canto astillado del marco de la puerta.

—Eso es un balazo —dijo con voz contenida.

—Nadie le ha dicho lo contrario.

Ambos se miraron con cierto antagonismo. El policía dijo:

—Apuesto que estaba limpiando un arma y se le disparó...

—Nunca limpiaría un arma cargada, teniente. Hace muchos años que las manejo para saber qué he de hacer con ellas.

—Ya veo... Entonces...

—Alguien practicó el tiro al blanco la otra noche...

—¿Y quién era el blanco?

—Yo.

Hubo un silencio. May trajo una nueva bebida y tomó asiento al lado de Max. El teniente buscó una voz que no fuera demasiado alterada cuando preguntó:

—¿Sería pedir demasiado que me contara lo que sucedió?

—En absoluto. Lo cierto es que estaba esperando el momento oportuno para contarle mi pequeña aventura privada.

—Le escucho...

Tomó el vaso y fue bebiendo a pequeños sorbos. Terminó el licor mucho antes que Max su relato. Luego, cuando se hizo el silencio, nadie habló por unos minutos.

Al fin, Durham rompió el silencio.

—Yo decía que había alguien tras las bambalinas, alguien que todavía no había asomado la nariz al exterior... Bueno, Benny

Rourke puede ser ese alguien.

—Olvidelo.

—¿Qué?

—Apuesto doble contra sencillo que él no intervino en la muerte de Coral. Tenía demasiado interés en esos documentos para que no hubiera puesto la casa patas arriba buscándolos. Hay otro motivo, teniente. Encuéntralo y tendrá al asesino.

—Dígame usted quién pudo robarle la pistola y lo tendré igualmente, Bannion. Como puede ver, eso está convirtiéndose en un círculo vicioso imposible de salvar.

—Se me ocurre que puede haber una explicación para eso, Durham.

—¿Sí? Tiene usted más ideas que yo en este caso.

—Un chantajista se siente amenazado... hay momentos en que el pánico debe dominarlo por cuanto sabe que cualquiera de sus víctimas puede tomar una decisión desesperada...

—¿Adónde quiere llegar?

—Apostaría que fue la propia Coral quien se llevó mi «Magnum».

El policía dio un salto que casi arrojó la tumbona fuera de la terraza. May dejó escapar un largo suspiro. Luego, todo fue silencio.

—¿Ella? —tartajó Durham—. ¿Cómo ha llegado a esta conclusión?

—Tuvo la oportunidad, aunque el armero está siempre cerrado con llave. Pero pudo apoderarse de mi llavero. Las mismas prisas y el hecho de que la «Magnum» fuera la única pistola cargada la decidieron por un arma tan potente en lugar de una más pequeña y manejable.

—Ya veo... Si fuera así, tendríamos que el asesino puede ser cualquiera de los que frecuentaban la casa de la Miller...

—Exacto.

—Lo cual lo embrolla todo cada vez más, si se detiene a pensarlo.

—Tal vez no... El móvil, teniente. Eso es lo que importa; un móvil que no sea el chantaje...

—Si, eso es fácil de decir... ¡Por los clavos de Cristo, ya lo tengo!

—¿Qué tiene usted?

—Ella estaba asustada, por supuesto. Stern la había amenazado

con retorcerle el pescuezo... por eso se apoderó de la pistola para tener un arma con qué defenderse...

—¿Stern, el actor?

—Efectivamente. El no lo niega. La amenazó.

—¿Y estuvo en casa de Coral después de haberla amenazado?

—El asegura que no. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Eso cambia las cosas por completo... Incluso quizá logremos hallar el móvil ahora...

Inesperadamente, el timbre del teléfono sonó en el interior. Max se levantó, pero el policía le atajó.

—Debe ser para mí —dijo—; antes de abandonar jefatura, dejé dicho que me pasaran cierto informe aquí. Espero que no le moleste.

—En absoluto.

El policía entró rápidamente. Al quedar solos, May clavó sus ojos luminosos en los de su amado y sonrió.

—¿Ya no eres el principal sospechoso? —dijo en un susurro.

—Puedes apostar que no. Presiento que la próxima noche ya no habrá interrupciones de ninguna clase. Será nuestra por entero.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque ese polizonte no es ningún tonto, y yo tengo también algunas ideas que quizá le ayuden...

Calló cuando Durham regresó del teléfono. Sentándose pesadamente, dijo:

—Ya lo tenemos, Bannion... Mis hombres han encontrado el cofre del tesoro.

—Sin metáforas, teniente.

—Los documentos, las fotografías, todo, estaba escondido en un falso libro en casa de Coral Miller. He pedido que me dijeran los nombres de la gente que aparece en las fotos o en los documentos. Desde luego, todos los que le he nombrado antes figuran en la lista, y Benny Rourke con un asunto de violación de la Ley Mann. Si encontramos a la chica que el documento especifica va a verse metido en un buen lío.

—Comprendo.

—Ahora sólo me queda pensar sobre el posible móvil... y creo que también lo tengo. ¿Qué tal si me presta su ayuda, Bannion, para terminar esto de una vez?

—Cuenta conmigo, por supuesto, pero no por espíritu cívico ni todas esas tonterías. Quiero que me dejen en paz, ¿entiende? Que nos dejen en paz —repitió machaconamente.

Durham asintió. Después empezó a hablar.

CAPÍTULO XII

Harry Stern leía con expresión reconcentrada el guión de una nueva serie. A su lado, el guionista, un hombre con enormes gafas de concha, fumaba sin apenas poder contener el nerviosismo.

Desde el otro lado de la gran mesa, Raoul Hendrickson masculló:

—No es ninguna obra de arte, Stern, pero puede hacerse algo con eso. Y debemos empezar pronto a trabajar si no queremos tener disgustos con los accionistas.

—Usted sólo piensa en los accionistas —rezongó Stern—. Pero yo debo pensar también en mi carrera. Si protagonizo una cosa tan infame como la que habíamos empezado no habrá nadie en el futuro que no cierre el televisor en cuanto aparezca mi nombre. Esta vez, quiero asegurarme de lo que voy a hacer.

—Lo único que te pido es que decidas cuanto antes...

El intercomunicador le interrumpió con su ronco sonido. Moviéndose una clavija y masculló:

—¿Qué pasa?

—El señor Bannion desea verle, señor Hendrickson —anunció una voz metálica—. Está aquí. Insiste.

—¿Bannion?

—Max Bannion según su tarjeta.

Stern había dejado caer el guión y miraba al productor con gesto de estupor.

Hendrickson masculló:

—Hágale pasar...

Cerró el aparato y miró al actor.

—¿Conoces tú a ese Bannion?

—No personalmente. Quien llegó a conocerlo muy bien fue Carol...

—Sí, eso me dijeron...

La puerta se abrió y Max Bannion avanzó por encima de la espesa alfombra. Dirigió una mirada a Stern y frunció el ceño. Luego, se detuvo a un paso de la mesa del productor y sonrió con una mueca de lobo.

—¿Y bien...? —empezó Hendrickson.

—Quiero hablar con usted. Ha sido una suerte que el señor Stern esté también aquí... creo que lo que voy a decirle le interesa.

El actor se levantó, acercándose al gigantesco aventurero.

—¿En qué cree usted que pueda interesarme, señor Bannion?

—En la medida que aprecie usted su fama.

—No comprendo...

—La policía encontró el escondite. ¿Entiende ahora?

Stern se tambaleó, pero hizo esfuerzos para mantenerse sereno.

—Sigo sin entender una maldita palabra —refunfuñó.

—Bien, son ustedes un tanto duros de entendederas. Existen unas fotos, y unos documentos... Las fotos especialmente son algo que ni los franceses se han atrevido a hacer en plan de explotación... Usted es el protagonista de algunas de ellas, Stern, aunque imagino que ya lo sabe, por cuanto le estaba pagando buen dinero a Coral, ¿eh?

—¡Maldito sea!

Impulsado por el furor, Stern saltó contra Bannion como lanzado por un resorte. El aventurero apenas si se movió para esquivar la primera acometida. Luego lanzó su tremendo puño hacia arriba y Stern sintió cómo su nariz reventaba en un estallido de sangre.

Comenzó a chillar y a lamentarse, olvidado por completo de sus ansias de lucha ante el desperfecto que amenazaba con estropear su cotizado físico.

—Ahora quizá tengamos la reunión en paz —masculló Bannion con calma.

—Señor mío —estalló el magnate—. No le consiento esta clase de salvajismos en mi despacho. Si todo lo que le he traído aquí...

—Oh, cálese.

—¿Cómo se atreve...?

—Me fastidian ustedes, Hendrickson... se creen los amos del mundo porque manejan la «industria». De vez en cuando necesitan de alguien que les apee de su pedestal... aunque sea con un buen

puñetazo. Siéntese, Stern, o se desangrará.

—Necesito un médico...

—Más tarde.

—¡Qué más tarde ni qué...!

—¡Siéntese!

La voz resonó como un pistoletazo. El guionista contemplaba la escena con ojos como platos, pero apenas si podía ocultar su satisfacción, porque aquel tipo como un gigante estaba haciendo y diciendo lo que él mismo había deseado hacer y decir un millón de veces.

—Ahora —continuó Max con calma—, vayamos al grano, genio.

Hendrikson se atragantó ante semejante falta de respeto.

—Usted debe de estar loco...

Su mano se deslizó hacia uno de los timbres que había en un ángulo de su mesa. Jamás llegó a pulsarlo porque aquel puño como una roca se abatió salvajemente sobre su muñeca, arrancándole un largo lamento de dolor insufrible.

—No sea tonto —le aconsejó Max con forzada amabilidad—. Debe convencerse de que soy el dueño de la situación por el momento. Y no quiero interrupciones.

—Pero esto es un atropello... un asalto...

—Ni más ni menos. ¿Puedo explicarme ahora, gran hombre?

—¡Diga lo que le ha traído aquí y lárguese al infierno! —vociferó el productor, ciego de ira y de dolor, sin cesar de acariciarse la muñeca.

—Muy bien; todo se reduce a que la policía me ha tomado por su cabeza de turco en ese asunto del crimen... Ya sabe, la muerte de su querida estrella... tan querida que estaba pagándole regularmente cantidades que no bajaban de mil dólares, fuera de toda nómina.

—¿Y qué? Hago lo que se me antoja con mi dinero... Y ahora que se me ocurre, ¿cómo lo ha averiguado usted?

—Sumando dos y dos en las cuentas bancarias. Lo mismo hará la policía, pero ellos van más despacio.

Le repito que me he cansado de que la tomen conmigo. Tengo otras cosas de qué ocuparme, entre ellas una llamada May que... Pero éste es otro asunto. Quiero terminar con esto de una vez.

—¿Y viene a contármelo a mí?

—Naturalmente. Le necesito a usted para acabar con las molestias.

El magnate se echó atrás en su sillón, estupefacto.

—Está loco, rematadamente loco...

—No lo creo. Usted es un tipo muy grande, en influencias y tamaño, pero yo me he enfrentado con tipos el doble de grandes que usted, y de todos los colores. Estoy harto. ¿Entiende? Va usted a firmar una confesión y eso hará que la policía termine de danzar a mi alrededor de una vez por todas.

Hendrickson casi saltó fuera del sillón. Era inaudito que alguien se atreviese a hablarle en aquel tono, en su propio feudo. Jamás había sucedido nada semejante...

—¿Una confesión? —masculló—. Creo que ni siquiera usted sabe lo que está diciendo.

—Seguro que lo sé.

—Pero... ¿qué confesión?

—La del asesinato del matarife que contrató para que estrangulara a Coral, ni más ni menos.

Reinó un silencio tan denso que habría podido cortarse con un cuchillo. Incluso Stern cesó de gemir y se enderezó en el butacón.

—¡Inaudito! —estalló el magnate—. Lo más descabellado que he oído en mi vida...

—Nada de eso. Yo sé que lo mató usted, después de engatusarlo para que él matara a Coral. Y sé también por qué lo hizo, Hendrickson... lo sé con toda seguridad.

—¿Sí? Espero que su insensatez le haga ser breve porque tan pronto haya terminado haré que la policía le saque de aquí a puntapiés.

—Eso va a resultar algo difícil... Bueno, a lo que íbamos. Usted se encontró con un compromiso ante sus accionistas a causa de la baja calidad de la «serie» que tenían en rodaje. El patrocinador se volvía atrás y se enfrentaban ustedes con una pérdida fabulosa. Bien, había que hacer algo para conservar el puesto, el capital y la influencia. Interrumpir la serie y que el seguro pagara el millón por el cual estaba asegurada. Sólo que eso no resultaba fácil, ¿eh?

No obtuvo respuesta. Sonrió y continuó:

—Entonces tuvo usted la idea genial de su vida. Estaba siendo exprimido como un limón por la estrella de la «serie». ¿Por qué no

matar dos pájaros de un tiro? Y los mató, ni más ni menos.

—¡Maldito loco... nadie creerá esa estupidez!

—La creerán, porque yo aportaré pruebas... además de mi convencimiento. ¿Olvida que, para poder comprometerme, se vio obligado a arrojar la pistola en mi jardín? Eso hizo que también tuviera que matar a su asalariado junto al mismo. Le disparó desde el coche y huyó, pero yo salté la verja cuando su coche apenas doblaba la esquina, de tal modo que pude recoger el último estertor del moribundo... Es usted muy mal tirador, gran hombre, incluso a tan corta distancia. El tipo vivió lo suficiente para decirme el nombre de usted... jurando que era quien lo había matado.

—¡Miente!

—Nada de eso.

—Si fuera cierto usted habría corrido a informar a la policía desde el primer momento.

—Si ha oído hablar de mí, sabrá que nunca me meto en líos si no es a cambio de un succulento beneficio, sean revoluciones, cacerías o peleas a puñetazos. Esta vez estoy haciendo una excepción.

—No le creerán...

—Trata de convencerse a sí mismo. Sólo que olvida que Coral no se fiaba de usted. El hallazgo de la «Magnum» en casa de ella le facilitó mucho las cosas, pero también se las complicó, puesto que ella se apresuró a llamarme para decirme quién tenía la pistola... Usted. Coral, a su modo, había estado enamorada de mí. ¿Se convence ahora?

—No podrá hacer creer esto a nadie... a nadie... ¡Stern, dile que es un maldito embustero... tú no puedes creer semejante historia...!

El actor apartó un instante el pañuelo del rostro. Seguía saltándole sangre de la rota nariz, pero su voz fue perfectamente audible cuando gruñó:

—El diablo me lleve si me meto en esto, Hendrickson... Ya era hora de que alguien le pusiera a usted en su lugar.

—¡Tú, maldito traidor...!

—Bueno, ya hemos hablado demasiado —terció Max—. Escriba una confesión... o se la arrancaré junto con la piel. Ya estoy cansado de este asunto.

Hendrickson miró a su alrededor como un animal acorralado.

Estaba pálido y gruesas gotas de sudor resbalaban por su grasiento rostro.

—De modo que es el final —susurró.

Max asintió con un gesto.

—Escriba —dijo.

—Usted gana... no nací para luchar y creo que ése fue el error que cometí, no darme cuenta hasta ahora...

Tomó una pluma y la examinó. Max se dio cuenta de que lo hacía con la mano izquierda y sonrió.

Luego, el magnate abrió el cajón central de su mesa como si se dispusiera a sacar el papel que necesitaba, pero lo que salió a relucir junto con la mano derecha fue una pequeña automática «Beretta» cuyo cañón se elevó apuntando el amplio pecho de Max.

—Esto es el final —dijo el gordo—. Tenía usted razón... vamos a terminar con todo de una vez.

—¿Se propone liquidarnos a todos? —preguntó el aventurero con calma—. Es demasiado incluso para usted.

—Le mataré a usted. Luego me pegaré un tiro. ¿Cree que un hombre como yo puede soportar el escándalo de un proceso, la denigración y la cárcel?

—Ha olvidado usted la cámara de gas —le recordó Max con amabilidad—. Sólo que también esta vez se equivoca usted, Hendrickson...

—No... ahora sé lo que me hago.

Max suspiró. Pero el ronco estampido de un revólver ahogó el suspiro y todo otro rumor.

El gordo dio un salto, aullando al ver su mano destrozada de la cual había volado la pequeña pistola junto con un par de dedos. Desde la puerta, Durham entró sin prisas, con su «45» de reglamento empuñado.

—Ha tardado mucho en estallar —comentó—, pero usted hizo todo lo que pudo, Bannion. Gracias.

—Esto estaba haciéndose monótono —replicó el aludido—. Ahora creo que alguien debería ocuparse de la nariz del astro resplandeciente de la Mundial...

Stern se levantó pesadamente. Su mirada torva fue del gimoteante Hendrickson a Bannion, y de éste al gran revólver del policía. Luego, sin una palabra, abandonó el despacho.

—En parte —dijo Max, encendiendo un cigarrillo, mientras otros policías entraban para hacerse cargo de la situación—, he dicho la verdad. Estaba harto de que usted anduviera revoloteando a mi alrededor como un moscardón. Por fin, esta noche no habrá interrupciones.

Giró sobre los talones y abandonó el despacho, seguido por la mirada brillante del policía.

Durham sacudió la cabeza al imaginar para qué quería una noche en paz, larga y eterna... Sintió un ramalazo de envidia al pensar en May, y en la terraza a la luz de la luna, en aquella quietud, como si se encontrasen en medio del desierto...

Sí, decididamente, envidiaba a aquel endiablado y gigantesco individuo...

Sonrió y, volviéndose, se encaró con Hendrickson.

Éste seguía gimoteando. Pronto dejaría de hacerlo.

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.